

Daniel Omar González Céspedes



EL SANTO CURA GAUCHO

Un pastor con olor a pastor

Daniel Omar González Céspedes

El Santo Cura Gaucho

Un pastor con olor a pastor

San Rafael – Mendoza – Argentina – Año 2016

González Céspedes, Daniel Omar

El santo cura gaucho: un pastor con olor a pastor / Daniel Omar González Céspedes. - 1a ed ampliada. - San Rafael: Daniel Omar González Céspedes, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-42-2565-8

1. Biografías. 2. Religioso. 3. Santo. I. Título.
CDD 920

©Daniel Omar González Céspedes

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

*“...los que hayan conducido a muchos a la
santidad serán como las estrellas, eternamente y siempre”.*
(Dan.12, 3)

*“El cura gaucho fue un santo y una de
las puras siluetas de nuestra historia.”*
(R.P. Leonardo Castellani, SJ)

PRÓLOGO

El Profesor Daniel González Céspedes me ha pedido gentilmente que escribiera algunas líneas introductorias para el presente libro. Le agradezco su deferencia.

Lo he leído con enorme gusto e interés, pues me hallaba – a pesar de mi condición de sacerdote – entre el número de los incontables argentinos que casi desconocen la titánica figura del Santo Padre Brochero; es que en nuestro país, lamentablemente, hemos perdido bastante eso del culto de los verdaderos santos y de los verdaderos héroes. Casi nadie ha sentido nombrar a lo largo de su vida a San Héctor Valdivielso, al Beato Ceferino Namuncurá o a la Beata María Antonia de Paz y Figueroa, pero seguramente alguna vez hemos oído hablar de la “Difunta Correa”, del “Gauchito Gil” o de “san La Muerte”. Pocos de nuestros jóvenes sabrán quiénes fueron Pedro Giachino o Jordán Bruno Genta, aunque muchos tengan en sus remeras la cara del “Che” o de algún cantante de turno.

¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué estamos tan lejos de los verdaderos héroes, de los famosos santos, de los grandes hombres? En gran parte nos parece, porque no se los predica ni se los enseña. Antiguamente, no había una abuela que, a pesar de haber tenido una simple instrucción, dejase de narrar a sus hijos y nietos la vida de Nuestro Señor Jesucristo y la de los santos. ¿Quién no sabía cómo se convirtió San Pablo? ¿Quién no había escuchado la vida de San Francisco o, más cercanamente, alguna anécdota del santo Padre Pío de Pietrelcina? ¡Los santos eran más cercanos! ¡Más vecinos! Los santos estaban en la boca y en los corazones del pueblo: “hay que rezarle a San Antonio”, se decía cuando alguien deseaba casarse; a San Pascual Bailón se le pedía encontrar algo que se nos había perdido y Santa Rita alguna gracia difícil de alcanzar. Hoy sus nombres y por lo tanto sus vidas y virtudes se han ido perdiendo de nuestras memorias.

Pero Dios siempre se las ingenia para hacer de las suyas. En Argentina, en nuestra querida Patria, el Señor se ha empeñado en hacer germinar hombres y mujeres que, sin hacer enormes milagros y cosas extraordinarias llegaron a alcanzar el Cielo a fuerza de seguir las palabras de Su Hijo: “sed perfectos como vuestro Padre es

perfecto” (Mt 5,48). Uno de ellos es el ahora Santo cura Brochero cuya vida tenemos en las manos.

El presente libro presenta hermosamente sus andanzas: excelentemente escrito, en un lenguaje claro, preciso y llano, termina por cautivar al lector haciendo que no se suelte el texto hasta el final. Son de esos libros que se leen “de una sentada”.

Además, resulta una magnífica semblanza del santo; su figura atractiva de por sí a partir de las anécdotas, terminan edificando enormemente al lector al enseñarle con hechos concretos cómo un hombre llegó a la santidad explotando al máximo los talentos y oponiendo a la malicia, milicia, como decía Santa Teresa de Ávila.

Pero lo principal es que en esta obra uno puede encontrar la verdadera imagen del biografiado; muchas veces, las vidas de los santos adolecen de dos defectos: o son inalcanzables o son chabacanas y burdas; en el caso de Brochero quizás se haya pecado más en el último modo. En efecto, no pocas veces se ha querido hacer del santo cura una figura folclórica y hasta alejada de lo sagrado (la acción social, los cigarros, el lenguaje, el poncho...), sin embargo, si hubo alguien en la Argentina que supo distinguir las prioridades fue él: primero hay que buscar el Reino de Dios.

Es cierto que Brochero fue el hombre de los caminos, de la acción social, del trabajo por los marginados, pero todo eso no fue sino un medio para llegar al fin, es decir, para salvar la mayor cantidad de almas posibles. “Lo primero en la intención es lo último en la ejecución”, dicen los filósofos, de ahí que si hubiese que titular esta titánica persona con alguna frase evangélica, diríamos: “he venido a traer fuego sobre la tierra y qué quiero sino que arda” (Lc 12, 49-53). El santo cura fue el hombre que encendió en las sierras cordobesas el fuego de la Fe con su predicación, los sacramentos, las confesiones: innumerables hombres y mujeres llegaron a Dios a partir de esta figura diminuta en lo corporal pero enorme en lo espiritual (las enormes tandas de Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola, son sólo una muestra de esa apasionada búsqueda por la salvación de las almas). Muchas son las anécdotas que se verán a lo largo de esta obra.

Porque primero está Dios y luego el resto, primero la vida del alma y luego la del cuerpo, primero el cielo y luego la tierra, como él mismo repetía: *“todos nosotros estamos actualmente de viaje para la eternidad”*.

Brochero marcó el camino y también mostró los escollos del “mandinga”. Vivió para Dios y guió las almas para que no tropezasen al andar. Fue uno de los tantos hombres de Dios que tuvo nuestro país y al cual deberíamos imitar, cada uno en el lugar que le toca. Porque un país que admira a los santos está criando santos y un país que admira a los traidores cría traidores.

Por último, el incansable cura debe seguir actuando desde aquellas pampas y – quizás – en compañía de los bienaventurados con cierta sonrisa, diga una vez más al contemplar la publicación de este librito: otra vez *“te fregaste, Diablo”*.

Pbro. Dr. Javier Olivera Ravasi

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

En el año de 2013, con ocasión de la beatificación del Cura Brochero, nos animamos a publicar una biografía sobre él¹.

Esta nueva edición, en formato digital, reproduce aquel trabajo. Sólo le hemos cambiado el título y agregado un apéndice referido al milagro atribuido y por el cual se lo canonizó el 16 de octubre pasado.

Reiteramos nuestro propósito con estas líneas. Ante las caricaturas folklóricas o, peor aún, tercermundistas que circulan sobre Brochero, deseamos presentar su heroica y santa vida, como su quijotesca obra apostólica; para que susciten admiración y deseos de imitación. Porque el Santo Cura Gaucho fue, ante todo y por sobre todo, un Apóstol de Dios en el sentido más estricto de la expresión. Hombre de Dios y de grandes ideales sacerdotales. No hizo la opción preferencial por los pobres, como cacarea el progresismo, sino que simplemente se ocupó de su feligresía con caridad evangélica llevándoles el Reino y la añadidura. **Fue, un pastor con olor a pastor**, como corresponde.

Daniel O. González Céspedes

¹ González Céspedes, Daniel O, *Breve Semblanza de Nuestro Cura Gaucho*, EDIVE, San Rafael, Mendoza, 2013, 114 p.

CRONOLOGÍA

16-03-1840

Nace en el campo llamado Carreta Quemada, distante un par de leguas de la Villa de Santa Rosa del Río Primero.

17-03-1840

El Sacerdote José Silvestre Ceballos lo bautiza en la Iglesia parroquial de la Villa. Sus padrinos fueron don Manuel Antonio Ceballos y doña Josefa Dávila.

05-03-1856

Ingresa al Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto, Córdoba.

11-10-1857

Recibe el sacramento de la Confirmación, en la casa del Obispo Ramírez de Arellano. Su padrino fue el Padre Jerónimo Castellano.

16-07-1862

Recibe la tonsura.

17-07-1862

Recibe las Órdenes menores.

27-08-1862

En cumplimiento de las disposiciones canónicas vigentes, se lo adscribe a la Catedral de Córdoba para que ejerza los ministerios recibidos.

14-05-1866

Se dirige por nota al Obispo, Monseñor José Vicente Ramírez de Arellano, para solicitar su admisión al sacerdocio.

21-09-1866

Es ordenado Diácono.

04-11-1866

Recibirá, junto a Juan Martín Yáñez, la ordenación sacerdotal de manos de su Obispo, Monseñor José Vicente Ramírez de Arellano.

10-12-1866

Canta su primera Misa.

01-07-1867

Es designado teniente cura y Capellán de Coro de la Catedral.

15-03-1869

Se hará cargo de la Prefectura del Seminario.

12-11-1869

Siendo Prefecto de Estudios obtendrá el título de Maestro en Filosofía por la Universidad de Córdoba.

24-11-1869

Parte hacia la sede de su Curato en San Alberto.

05-12-1869

Toma posesión del Curato en San Alberto.

15-08-1875

Inicia la construcción de la Santa Casa de Ejercicios. Coloca la piedra fundamental y exclama: *¡Te fregaste, Diablo!*

15-08-1877

Inaugura la Santa Casa de Ejercicios con una tanda de 700 hombres llegados de distintos puntos del Curato.

01-03-1880

Inaugura el Colegio de Niñas en la Villa del Tránsito.

26-04-1898

Acepta la canonjía efectiva en la Catedral de Córdoba.

08-05-1898

Entrega el Curato del Tránsito al Pbro. Bruno M. Ferreira.

25-08-1902

Monseñor Toro designa nuevamente al Cura Brochero en el Curato del Tránsito.

03-10-1902

Asume nuevamente en el Curato del Tránsito.

22-01- 1908

Debido a su enfermedad se le acepta la renuncia.

02-02-1908

Entrega la Parroquia al Padre Domingo J. Acevedo. Se radica en Santa Rosa.

21-10-1912

Regresa a vivir a la Villa del Tránsito.

23-01-1914

El Pbro. José Pío Angulo lo confiesa y le administra el Santo Viático, que lo recibe sentado en la cama y ¡con la sotana puesta!

26-01-1914

Pidiendo el Santo Rosario y el Breviario, y rezando: *“Jesús, José y María, sed la salvación del alma mía”*, rindió su alma a Dios.

1ª PARTE

***DE SANTA ROSA DEL RÍO PRIMERO
A CÓRDOBA***

I

PRIMEROS AÑOS

José Gabriel del Rosario nació el 16 de marzo de 1840 en el campo llamado Carreta Quemada, distante un par de leguas de la Villa de Santa Rosa del Río Primero, en el seno de una familia muy rica; no en bienes materiales sino espirituales, y en principios y tradiciones cristianas vividos hondamente.

De sus padres, Don Ignacio Brochero y Doña Petrona Dávila, se sabe que fueron criollos de pura cepa, sencillos y honrados; que supieron criar a diez hijos como Dios manda, siendo José Gabriel del Rosario el cuarto.

¿Cómo era el hogar de los Brochero? Se respiraba un ambiente de pureza en las costumbres y existía una grandísima responsabilidad en la educación cristiana de los hijos; el rezo del Santo Rosario, cada noche, dirigido por Don Ignacio, jamás era descuidado.

Al día siguiente de su nacimiento fue llevado para ser bautizado en la Iglesia parroquial de la Villa. El bautismo lo llevó a cabo el Padre José Silvestre Ceballos. Al concluir la ceremonia este lo dejó asentado en el libro de bautismos de la Parroquia:

“En el año del Señor de mil ochocientos cuarenta y a diecisiete días de marzo, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a José Gabriel del Rosario (de un día), hijo legítimo de don Ignacio Brochero y doña Petrona Dávila y presentes don Manuel Antonio Ceballos y doña Josefa Dávila, a quienes advertí el parentesco espiritual y para que conste”¹.

¹ Bischoff, Efraín U., *El Cura Brochero*, Editorial Difusión, Bs. As. 1953, pág. 9.

José Gabriel es un muchacho de carácter alegre; de temperamento vivaz, despierto y servicial. En sus ojazos negros hay un brillo muy particular.

Debido a una epidemia de viruela que asoló la Villa, en su rostro quedaron marcas profundas de tal enfermedad. Estas, evidentemente, lo afearon en el sentido estético, pero si se lo observaba detenidamente se vislumbraba en su semblante un sello de bondad y simpatía irresistibles².

Uno de sus mejores biógrafos, el P. Antonio Aznar S.J., trae la anécdota en la que el propio cura gaucho alude con gracia sin igual al día de su bautismo y en especial a su fiera figura:

“Que de nacimiento era él de rostro lindo y bien formado. Pero que vino a la vida en un día muy lluvioso. Y al siguiente, lo llevaron a bautizar sobre una yegua negra. Resbalaba el animal por el mucho barro, camino a la Villa. En uno de los tropiezos casi rodaron. Fue tal el sobresalto del chico, que de susto y terror contrajo la cara, quedándole así para adelante”³.

La infancia y adolescencia de José Gabriel fueron de gran felicidad. Como todo muchachito de aquella época jugaba y corría por los montes, se bañaba en el río, andaba a caballo, ayudaba a su padre en trabajos menores en el campo y cumplía con las obligaciones escolares y las de la parroquia.

Con los otros muchachos del pueblo participaba de las lecciones doctrinales pero el párroco del lugar formó otro grupillo más reducido donde se oían lecturas piadosas y se ensayaba la Escritura, copiando algunos párrafos.

² Véase al respecto: Galíndez, Benjamín, *Intimidades del señor Brochero* en “*Los Principios*”. Córdoba, 5 de agosto de 1940.

³ Aznar, Antonio, *El Cura Brochero. Vida heroica y santa*, Buchardo 260, Córdoba, 1964, pág. 10.

De los primeros años de la adolescencia de José Gabriel ha quedado un episodio digno de ser recordado. Una tarde primaveral, aquel grupo de la Iglesia, llega para divertirse y jugar sanamente hasta las orillas del Río Primero. Pese a que sus compañeros le invitaban a meterse al río, José Gabriel queda sentado en uno de los bordes. Un “algo” lo mantiene absorto y pensativo.

Un vecino y conocido de la Villa, Don Sebastián, se encontraba en ese lugar. Luego de intercambiar algunas palabras con José Gabriel se despide.

El río, como todos sabemos, suele ser muy traicionero. De repente vio que sobre la barranca de la orilla opuesta llegaba la creciente con mucha furia. Alertó a los muchachos, quienes ganaron la orilla pero uno de ellos tropezó y la corriente lo envolvió.

José Gabriel corrió por la orilla clavándose las espinas de las matas. –“¡Virgen Santa!”... “¡Señor!”... “¡Que no se ahogue!”, suplicó mientras caía de rodillas, abría sus brazos en cruz y miraba al cielo. Su compañero había sido salvado. ¿Qué fue lo que sucedió? Refirió Don Sebastián que luego de haberse despedido de José Gabriel y andado unas cuerdas, “algo inexplicable” lo hizo volver al río. Llegó justo para salvar a aquel jovencito cuando era llevado por el agua.

José Gabriel sintió desde sus “*más tiernos años*” el llamado sublime al sacerdocio. Dos sacerdotes fueron los que ejercieron una influencia determinante en el despertar de esa vocación: los Padres José Gregorio Ardiles y Adolfo José Villafañe.

Del primero se sabe que fue designado frente al curato de Santa Rosa el 26 de noviembre de 1847 por el Provisor del Obispado y de un todo de acuerdo con las autoridades civiles. Ardiles había sido párroco en el curato de San Javier. Su labor misionera se destacó por su dedicación a los problemas de la zona, particularmente los referidos a la enseñanza y educación de los

lugareños, tan necesaria para el auténtico progreso y asimismo tan olvidada por las autoridades.

Ya en Santa Rosa, el Padre Ardiles frecuentó la amistad de los Brochero. En esas visitas contaría de su acción pastoral. Los relatos de sus experiencias sacerdotales, impresionaron vivamente a José Gabriel quien escuchaba atento esas experiencias. Siendo ya sacerdote, Brochero fue al curato de San Alberto y comprobó lo que de niño le había oído contar y cómo se lo quiso, respetó y admiró a aquel cura.

El Padre José Adolfo Villafañe supo reunir a su alrededor a los muchachos de la Villa. Estos lo ayudarán en la Santa Misa y en las demás actividades de la parroquia. Es en todos esos momentos en que comparte con los adolescentes donde aprovecha para el buen consejo, la oportuna exhortación y la escucha atenta de la confidencia. Como el Padre Villafañe había formado aquel corrillo más pequeño en su parroquia, donde los jóvenes escuchaban lecturas piadosas y ensayaban trabajosamente la Escritura, integra al grupo a José Gabriel porque había descubierto que podía encaminarlo por el camino de la vocación religiosa. Al respecto, dirá Bischoff, “va quedando en su alma una llama de bondad divina que andando los años florecerá maravillosamente”⁴.

Comenzaba a correr el año de 1856. Un domingo, luego de ayudar al cura en la tarea de enseñar la doctrina a los niños de la Iglesia, regresa José Gabriel al hogar. En el patio se encuentran sus padres. Doña Petrona zurciendo algunas prendas y Don Ignacio cortando unas enredaderas.

José Gabriel traía una confidencia muy importante: ¡quería ser sacerdote!

⁴ Bischoff, Efraín U., Ob. cit, pág. 23.

La vocación sacerdotal es un misterio, un don, una iniciativa divina, un llamado a ser otro Cristo que prolongue su obra en la tierra.

Seguramente su alma, ardiente y generosa, se habría inquietado al darse cuenta de que el Señor lo llamaba a seguirlo; pero él escuchó la llamada y no se hizo la gallina distraída.

¿Cuántas horas o días habrá pasado meditando en este misterio sublime? Seguramente se preguntaría con el Apóstol: “¿Qué he de hacer, Señor?”⁵, o recordaría, también, con Nuestro Señor aquello de: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros”⁶.

El querido Padre Julio Triviño, en su excelente Poema criollo “*El Cura Brochero*”, lo canta así:

“Dios, pa arreglar este mundo,
a los hombres pide ayuda;
-siendo cosa peliaguda
cumplir tan dura misión,
les mete esa vocación,
a almas muy corajudas.

.....

José Gabriel muy de chico
sintió ese especial llamao;
-y aunque pobre, pero honrao,
pa mucho le daba el cuero;
-su cura lo había nombrao
su ayudante y dotrinerero.

Jué ejerciendo esos oficios
que sintió la vocación:

⁵ Mt. 6, 33.

⁶ Jn. 15, 16.

-pensó, con güen corazón,
en darle a Cristo una mano,
enseñando, a los cristianos,
la cencia⁷ e la salvación.

Cuando su cura lo supo,
lo aconsejó con prudencia;
-“Pensalo bien en conciencia,
le dijo, más sin apuro;
que si el llamao es seguro
debés prestarle obediencia”.

El chango siguió el consejo
y el asunto lo pensó;
-muchas veces se postró,
sollozando, ante la cruz,
pidiendo a Cristo su luz,
pa saber el “sí” o el “no”.

Y en una linda mañana,
endispués de comulgao,
sintió de Dios el llamao
con toda siguridá;
-llenó⁷ e gran felicidá,
ansí rezó emocionao:

-“Sí, Señor, seré tu apóstol;
Vos me llamás y aquí estoy;
lo que es mío te lo doy;
soy pa poco y poco valgo;
más, si te sirvo par’ algo
tuyo seré dende hoy”⁷.

.....

⁷ Triviño, Julio, *El Cura Brochero. Poema criollo*, Esquiú, Bs. As. 1987, pág. 23 y 24.

II

HACIA EL SACERDOCIO

Comenzado el mes de marzo de 1856, José Gabriel deja su terruño y, acompañado por su padre, se dirige a Córdoba, para ingresar al Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto. Allí lo esperaba una vida sacrificada y difícil. Lo sabía, pero valía la pena. Cualquier sacrificio y dificultad son nada si uno se entrega con generosidad a Nuestro Señor, Sumo y Eterno Sacerdote.

Las autoridades del Seminario eran sacerdotes muy estimados por el clero debido a sus virtudes. El Rector era el R.P. Dr. Pedro Nolasco Clara, como Vicerrector se encontraba el hermano de este, el R.P. Dr. Jerónimo Emiliano Clara y en el cargo de Prefecto de Estudios se encontraba el R.P. Dr. Uladislao Castellano.

Al llegar a aquella vieja casona de dos plantas donde funcionaba el Seminario los recibió el rector y en la charla que mantuvieron con Don Ignacio Brochero arreglaron los detalles para que José Gabriel ingresara en calidad de pensionista. “Cuando en aquel día de marzo de 1856, don Ignacio Brochero dejó a su hijo en el Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto, sintió una inmensa alegría interior. Conocía bien el carácter de su hijo. Tenía la certeza de que aprovecharía el tiempo. Acaso si, por diversas circunstancias, no llegaba a lograr su ambición, saldría de aquella casa con luces suficientes para orientarse en la vida”¹.

En aquellos tiempos los seminaristas cursaban el latín y otras disciplinas eclesiásticas en el mismo Seminario pero las demás materias en los claustros de la Universidad de Trejo y Sanabria. Es bueno recordar que el Seminario servía, también, para que jóvenes que no siempre se sentían inclinados al estado sacerdotal efectuaran sus estudios.

¹ Bischoff, Efraín U., Ob. cit., pág. 30.

Pero, ¿cómo fueron aquellos primeros años? Desde el comienzo Brochero no solo demostró contracción al estudio, sino que también evidenció una acendrada piedad. Asimismo se destacó por un gran sentido de la responsabilidad, de la disciplina, el orden y el compañerismo. Por todo esto supo granjearse la estima de profesores y condiscípulos. Supo forjar amistad que duró toda la vida con varios jóvenes que, con el pasar del tiempo, se convirtieron en personas que adquirieron una notoria y elevada posición política y social. Entre otros, podemos nombrar a Ramón Cárcano, Miguel Juárez Celman, Tristán Achával Rodríguez, Genaro Figueroa y Miguel M. Nougués.

Al año siguiente de su ingreso al Seminario Conciliar, el P. Jerónimo Clara es nombrado como Rector, sucediéndole de esta manera a su hermano Pedro Nolasco. Para ser más precisos se hace cargo el 30 de octubre de 1857 y hasta el 30 de noviembre de 1860 pues será llamado a atender otros asuntos vinculados con su ministerio sacerdotal. Seguirá, luego como Rector, el P. Uladislao Castellano.

El P. Jerónimo Clara era un hombre de espiritualidad recia y firme, mas sabía ejercer una gran paternidad. Tan es así que fue padrino de confirmación de José Gabriel y su director espiritual². Logró grandes adelantos en el Seminario: con prudencia pero con firmeza marcó estrictas normas pues entendía que sin ellas, el grupo de jóvenes que estaba en el Instituto pero que continuarían con profesiones liberales, podía desviarse. Logró, finalmente, instaurar cursos permanentes dentro del Seminario. Así pasó de ser un pensionado a casa de formación, superándose la dificultad que implicaban las salidas para aquellos que habían decidido continuar fomentando la vocación sublime al sacerdocio.

En 1861, el P. Uladislao Castellano, ya Rector, designará a José Gabriel como Inspector con la intención de que atendiese

² Fue confirmado el 11 de octubre de 1857 en la casa del Obispo Ramírez de Arellano (cf. AAC. Parroquia Catedral. Libro de Confirmaciones N° 6 f.81).

algunas cuestiones referidas al estudio dentro del Seminario. Este nombramiento, huelga decirlo, se debió a los méritos que hizo como estudiante.

En estos años de Seminario, José Gabriel conoce los Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola, que dirigían los Padres Jesuitas. Este primer grupo de misioneros destacado por su celo sacerdotal a la hora de promover los Ejercicios fueron audaces e infatigables adalides. Recorriendo pueblos y aldeas misionaban e invitaban a las tandas, que por bendición de Dios, se sucedían unas a otras; siendo cada vez mayor el número de paisanos. ¡Llegaron a ser 400 ejercitantes!

Las crónicas de la época son elocuentes: en solo nueve años los Padres de la Compañía de Jesús realizaron más de 150 tandas, con un concurso que superó los 15.000 ejercitantes, 10.000 de los cuales fueron hombres.

Cabe destacar que esta primera Casa de Ejercicios fue donada por Don Mariano Vicente González, quien tuvo, justamente, la feliz iniciativa del regreso de los jesuitas en 1859, luego de un siglo de su injusta expulsión. Expulsión que no dudamos en calificar como trágica para nuestra Patria Argentina.

Pero con las tandas de Ejercicios surgían, debido a la cantidad de asistentes, no solo problemas asistenciales o logísticos, sino también de urgencias doctrinales. ¡Y gravísimas! Muchos paisanos no conocían siquiera los principios elementales de la doctrina cristiana. Otros, lamentablemente, ya habían olvidado todo. Los misioneros jesuitas solicitaron una entrevista con el R.P. Uladislao Castellano, a fin de que les ayudara con algunos seminaristas para leer en las tandas y poder realizar la tarea de doctrineros con los gauchos sin instrucción. Allí fue el seminarista José Gabriel del Rosario con tantísimo gusto. Hablando sencilla y profundamente a la vez, llegó al alma del criollo. El Padre Antonio Aznar, citando un informe del Padre Bustamante, también jesuita, dice que: “allí acudía Brochero a ejercer ese ministerio. Que era

habidoso y cumplía con el cargo de doctrinero de los hombres rudos a las mil maravillas”.³

Transcurren los años y José Gabriel va rindiendo los exámenes correspondientes.

Concluye los cursos de Ciencias Naturales y Filosofía y en 1862 se inscribe en la Teología.

Se dirige, pues, a su Obispo, en carta fechada el 01 de julio de ese año:

Ilustrísimo Señor:

Gabriel Brochero, hijo legítimo de Don Ignacio Brochero y Doña Petrona Dávila vecinos de la Villa de Santa Rosa en esta Provincia, ante Vuestra Señoría Ilustrísima con el debido respeto y como más haya lugar en derecho, parezco y digo que -habiéndome sentido desde mis más tiernos años inclinado al estado sacerdotal- he practicado medios conducentes a examinar mi vocación y adquirir -en cuanto lo permitan mis fuerzas- la idoneidad que para tan santo estado se requiere. En esta virtud, después de haber estado más de seis años en el Colegio Seminario de esta ciudad donde hasta ahora permanezco, siendo ya cursante de primer año de Teología en la Universidad, he vestido la sotana con el beneplácito de Vuestra Señoría Ilustrísima, dispuesto en conformidad al espíritu de Nuestra Madre la Iglesia a recibir la primera tonsura y cuatro órdenes menores desde ahora, si Vuestra Señoría Ilustrísima lo estimara necesario. Advirtiéndome también que el sacerdote que me bautizó fue el actual Cura y Vicario Interino del Río Tercero Abajo, Doctor Don José Silvestre Ceballos, de quien no he podido aún recabar un testimonio al respecto, por lo que me contento con indicarlo a Vuestra Señoría Ilustrísima cuya prudencia sabrá hacer de esta noticia el uso conveniente.

Por tanto:

A Vuestra Señoría Ilustrísima pido y suplico que habiéndome por presentado, se digne seguirme el expediente necesario al objeto que solicito. Es gracia [...].

Ilustrísimo Señor.

³ Aznar, Antonio, Ob. cit., pág. 11.

*Gabriel Brochero*⁴.

El Obispo José Vicente Ramírez de Arellano le conferirá el 16 de julio de ese año -Festividad de Nuestra Señora del Carmen- la tonsura y al día siguiente las Órdenes menores.

El 27 de agosto y en cumplimiento de las disposiciones canónicas vigentes, lo adscribe a la Catedral de Córdoba para que ejerza los ministerios recibidos.

Transcurren los años y en todos los exámenes teológicos va obteniendo como calificación el “plenamente aprobado”. Al concluir sus estudios teológicos comienza a librarse en su alma una feroz batalla. Se sentía indigno ante la excelstitud del Orden Sagrado. No se decidía finalmente a abrazar el estado eclesiástico. Para superar este trance que lo turbaba se le aconseja que realice Ejercicios Espirituales.

El sacerdote que predicó era el R.P. Cubas. Será en la meditación de las dos Banderas donde verá claramente que el Señor lo llama al estado eclesiástico. Refiere el doctor Cárcano que:

“la constante preocupación de su juventud fue el sacerdocio. Se le presentaba a la mente como un ministerio digno solo de hombres superiores. No sabía qué estado adoptar, si el seglar o el eclesiástico, cuyas puertas se le abrían. Su espíritu fluctuaba y su corazón sufría con esta indecisión... Que en la plática, en que se bosquejaron las exigencias y sacrificios de una y otra bandera, la duda ya no atormentaba su alma y ser sacerdote era para él una resolución inquebrantable”⁵.

Disipadas todas las dudas que lo angustiaban y viendo claramente que el Señor lo convocaba para ser su sacerdote y

⁴ Conferencia Episcopal Argentina: “*El Cura Brochero. Cartas y sermones*”, Bs. As., 1999, págs. 101, 102 y 103.

⁵ Aznar, Antonio, Ob. cit., pág. 12

apóstol, se dirige por nota al Obispo, el 14 de mayo, para solicitar su admisión al sacerdocio:

Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano

José Gabriel Brochero, clérigo minorista de este Obispado, hijo legítimo de Don Ignacio Brochero y de Doña Petrona Dávila, vecinos de la Villa de Santa Rosa en el Curato del Río Primero de esta Provincia, ante Vuestra Señoría Ilustrísima con el más profundo respeto y como más haya lugar en derecho, parezco y digo:

Que habiendo terminado el curso de Sagrada Teología y Derecho Canónico en este Seminario, y teniendo ya más de veinte y seis años de edad, según puede comprobarse por el expediente seguido para mi tonsura y órdenes menores, he examinado nuevamente mi vocación, y permaneciendo firme en el propósito de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santa Iglesia por medio de los órdenes mayores hasta el Presbíterado- si Vuestra Señoría Ilustrísima se digna acogirme con benignidad y contarme en el número de los Ministros Sagrados, deseo dar principio a la recepción de otros órdenes en el tiempo y forma que Vuestra Señoría Ilustrísima tuviera a bien, para lo que me preparo con el estudio de la Teología Moral y sagradas ceremonias, estando dispuesto a tomar oportunamente los Ejercicios Espirituales.

Mas no teniendo título canónico que presentar por la suma escasez de recursos de mis padres, y por no haberseme ofrecido hasta hoy ninguna Capellanía, me es forzoso implorar de la benignidad de Vuestra Señoría Ilustrísima se digne admitirme a título de Coadjutor de Párroco o de servicio de la Iglesia, o como Vuestra Señoría Ilustrísima juzgue más propio para suplir el defecto de título expreso en el derecho.

Por tanto:

A Vuestra Señoría Ilustrísima suplico que habiéndome por presentado, se sirva proveer como corresponde al objeto que solicito. Es gracia, y para ello [...].

Ilustrísimo Señor.

José Gabriel Brochero⁶

El 21 de septiembre de ese año de 1866 será ordenado Diácono y el 4 de noviembre recibirá, junto a Juan Martín Yáñez⁷, la

⁶ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., págs. 103 y 104.

ordenación sacerdotal de manos de su Obispo, Monseñor José Vicente Ramírez de Arellano.

El 10 de diciembre, Solemnidad de Nuestra Señora de Loreto, Patrona del Seminario, canta su primera Misa. Para tan magna Ceremonia Religiosa eligió al Rector del seminario, P. Uladislao Castellano como padrino del altar y al fundador de la Casa de Ejercicios Don Mariano Vicente González como padrino de vinajeras; y el insigne Padre Cubas fue solicitado por Brochero para que predicara en dicha ocasión.

¡Allí está el neo sacerdote José Gabriel del Rosario Brochero dispuesto a librar la batalla por el Reino, enarbolando la bandera de Jesucristo Rey, como fiel soldado del Sumo Capitán y Señor Nuestro!

Al día siguiente apareció en la prensa local la siguiente nota: “Saludamos al joven sacerdote que, formado al lado de otros ilustrados y virtuosos, ha de saber comprender su elevada misión y colocarse sobre las miserias que nos rodean, para predicar la verdad evangélica”⁸.

Comenzaba a transitar el camino por el cual se convertiría en Otro Cristo, a prolongar su obra en la tierra; a sembrar y alimentar la vida divina en las almas a él confiadas.

En 1867 es designado teniente cura y Capellán de Coro de la Catedral⁹. Sin embargo sigue concurriendo a su querida Casa de Ejercicios ayudando como doctrinero y lector; confiesa, da algunas meditaciones y va tomando experiencia en la prédica de Ejercicios.

⁷ Será Obispo de Santiago del Estero. A él le escribirá una de las últimas cartas, donde se vislumbra su santidad.

⁸ Véase: “*El Eco de Córdoba*”, 11 de diciembre de 1866.

⁹ Monseñor José Vicente Ramírez de Arellano comunicaba al Cabildo Eclesiástico -presidido por su hermano Eduardo- que nombraba al Pbro. José Gabriel Brochero en reemplazo del Pbro. Francisco Pérez.

A fines de ese mismo año el horror del cólera morbo llegó a la provincia de Córdoba. Más de cuatro mil fueron las víctimas mortales, computándose solamente en la capital la estremecedora cifra de dos mil trescientas sesenta.

Se vivían tiempos de pánico y angustias inenarrables. Los diarios de aquel tiempo coincidían en que no eran suficientes los brazos para enterrar a tantos muertos.

El joven sacerdote frente al peligro de esta peste que asolaba se lanzó con valor y desprendimiento a ayudar en todo lo que podía. Día y noche trasladaba enfermos o los curaba, asistía espiritualmente a los moribundos; en una palabra, encarnaba la enseñanza del Divino Maestro de que “No hay amor más grande que aquel que da la vida por el prójimo”¹⁰.

Disminuye la peste y se traslada a su Santa Rosa natal para descansar unos días; pero recrudece otra vez la epidemia y vuelve a dedicarse al servicio del más necesitado.

Pese a haber estado permanentemente en contacto con los enfermos y moribundos, la peste a él no lo atacó. ¡El Señor lo preservó, pues tenía otros planes para él!

Terminada la epidemia vuelve a su labor en la Catedral. Meses más tarde se hará cargo de la Prefectura del Seminario. Siendo Prefecto de Estudios obtendrá el título de Maestro en Filosofía por la Universidad de Córdoba¹¹.

¹⁰ Lc. 15, 13.

¹¹ En el archivo de la Universidad, Documentos N° 36, pág. 99; y en el libro de Grados N° 16, pág. 147 se consigna que “en doce de noviembre de 1869, el Señor Rector de la Universidad, doctor Lucrecio Vázquez, confirió a don Gabriel Brochero el Grado de Maestro en Filosofía” y “se lo acreditaba para enseñar y la facultad de cargar ostensiblemente una estrella que lo simboliza”.

Situémonos en el tiempo. Para agosto de 1869 ejercía el cargo de Cura en San Alberto el Pbro. Francisco Ignacio de Aguirre quien eleva su renuncia y es aceptada. Se designa en calidad de interino al Pbro. Francisco Pérez pero se ignoran las causas porque leemos en otra comunicación con el Gobierno Provincial -del 18 de noviembre- que este es nombrado Cura y Vicario del Río de los Sauces y reemplazado por Brochero.

El 24 de noviembre de ese año parte nuestro Cura Gaucho, acompañado por un baqueano, hacia la sede de su curato, en la Villa de San Pedro.

2• PARTE

LOS BAÑOS DEL ALMA

III

RUMBO A SU CURATO

De la vasta obra apostólica llevada a cabo por nuestro Santo, la predicación de los Santos Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola ocupa un lugar preeminente. Y esto es así ya que vivió en carne propia la eficacia de los mismos. “*Baños del alma*”, gustaba llamarlos.

Sabe el Cura Gaucho de los grandes frutos de santidad que producen los Ejercicios Espirituales y cómo comunican la verdadera luz del cielo a las inteligencias y hacen que la gracia venza los corazones, aun los más duros. Porque estos no consisten solamente en una serie de actos, de meditaciones, de oración, de concentración espiritual en un ambiente de silencio. Están en el interior de todas esas cosas y en la intimidad de cada ser, como un impulso hacia Dios.

“Palestra del espíritu”¹, los llamó años más tarde nuestro Gran Pontífice Pío XI.

En estos Santos Ejercicios Espirituales las facultades naturales se van perfeccionando; también se contribuye a la formación sobrenatural del ejercitante y, finalmente, se forja el apóstol. En síntesis, en estos Ejercicios se produce el milagro de la conversión; nos despojamos de aquel hombre viejo y nos revestimos de Cristo.

¹ “En esta insigne *palestra del espíritu*, el entendimiento se acostumbra a pensar con madurez y ponderar justamente las cosas, la voluntad se fortalece por extremo, las pasiones se sujetan al dominio de la razón, la actividad toda del hombre, unida a la reflexión se ajusta a una norma y regla fija, y el alma, finalmente se eleva a su nativa nobleza y excelencia”. Pío XI: Encíclica *Mens Nostra*. N° 6.

Por eso es que en esta Breve semblanza queremos hacer hincapié en la obra que llevó a cabo a través de los Ejercicios Espirituales.

El 24 de noviembre de 1869 parte nuestro Cura Gaucho, acompañado por un baqueano, hacia la sede de su curato, en la Villa de San Pedro. Lo aguardan tres largas jornadas de viaje en mula a través de los más de dos mil metros de altura de la Pampa de Achala.

El curato de San Alberto abarcaba cuatro departamentos del oeste cordobés, con una extensión aproximada de veintitrés leguas de este a oeste y casi igual de norte a sur. San Javier tenía una población de 12.965 habitantes; San Alberto, 10.118; Minas, 8102 y Pocho, 6210 habitantes; esto es, más de 37.000 almas por atender. Súmensele los pueblos vecinos de San Luis y La Rioja que también debían ser atendidos debido a la escasez de curas.

¿Cómo eran los pobladores? Indolentes y despreocupados; la indiferencia religiosa reina entre no pocos de ellos. Otros, entregados a los vicios del robo y de la borrachera, y no pocas situaciones irregulares faltaban en la vida familiar. La capilla de San Alberto se encontraba en ruinas. Monseñor Leal calificó a este curato en lo referido a la moral como “una inmensa selva azarosa”.

Pero el celo por las almas consume el corazón de Brochero, que no es de esos que se arredran ante el primer obstáculo. ¡Y como si fuera poco, tiene a su Purísima a quien ama con la locura de los santos!

“Purísima’ Virgen Madre,
piadosa y bella María,
Madre de Jesús y mía,
en quien puedo yo confiar;
hoy te vengo a encomendar
mi pobre feligresía.

.....

Tú bien sabes que, en mi grey,

Hay muchos hombres alzaos;
-que de Dios se han olvidao,
y se andan medio perdidos;
-a todo estoy decidido
pa que vuelvan a tu lado.

Pa cumplir con este empeño,
necesito de tu ayuda;
esta gente es medio ruda,
mas tiene güen corazón;
-si hay alguien que los sacuda,
mejoran su condición

.....

Somos todos hijos tuyos,
‘mi Purísima’ María;
-que bajo tu amparo, un día,
al Reino de Dios lleguemos;
y, allí, con Jesús, gocemos
de eterna paz y alegría.
-Amén.²

Abandonado completamente a la Providencia de Dios toma el curato en difícilísimas circunstancias y a fuerza de enormes sacrificios lo irá mejorando y elevando. Sabe de la transformación que se lleva a cabo en el alma con los Ejercicios. Estos eran lo que aquellos paisanos necesitaban. El propio San Ignacio de Loyola nos lo dice: “Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea”.³

Contra el ambiente de ligereza e irreflexión en esas almas despreocupadas de las cosas eternas adoptó el arma necesaria y urgente.

Apenas llegado a su destino lo primero que hizo nuestro Santo fue empaparse del ambiente, conociendo su cultura, sus vidas,

² Triviño, Julio: Ob. cit., págs. 111 y 112.

³ San Ignacio de Loyola: “Ejercicios Espirituales”, N° 21.

sus metas y aspiraciones. Criollo de la más genuina cepa, supo adaptarse notablemente al lugar y a las personas. Visitando ranchos desperdigados por quebradas y vegas les hablaba y los escuchaba.

Se encontró con muchos tipos de falencias morales y estructurales. Varias poblaciones no contaban con capillas y, donde existían, estaban en tal estado que había que reconstruirlas.

Se lanzó pues a las obras de las capillas de San Pedro y de San Vicente. Aquí sufrió el primer golpe. Comenzaron los generosos ofrecimientos pero al poner manos a la obra todo se truncó. Desairado por los apáticos criollos, escribe con dolor a sus amigos:

”El abandono y dejadez en que religiosamente por aquí se vive, junto con la ignorancia y la desidia, son sumamente lamentables”⁴.

Pero decíamos que Brochero no era de aquellos que bajaban los brazos por un revés. Todo lo contrario. Se convirtió él mismo en constructor, administrador, albañil y peón.

Recorrió puestos y ranchos golpeando puerta a puerta en busca de recursos para la reconstrucción de la capilla. Llegó hasta San Luis y La Rioja. Todo lo que le ofrecían venía bien: desde animalitos hasta cargas de carbón y leña. Una tarde regresó guiando una vaca con chivos y corderos. Con estos primeros recursos adquirió las herramientas para construir el horno de ladrillos. La obra siguió su curso hasta que del día a la noche los obreros que había conseguido no volvieron. Pero no desesperó. La Providencia no abandonó a nuestro apóstol. ¡Dieciséis jóvenes vendrían en su ayuda!

En San Javier estaba veraneando el Rector del Seminario, Monseñor Uladislao Castellano con sus jóvenes seminaristas. El Padre Brochero habló con el rector; y con su palabra y ejemplo

⁴ Miglioranza, Contardo, ob.cit., pág. 76.

encendió el corazón de estos jóvenes seminaristas. Así refiere Cárcano este episodio:

“Esos jóvenes estudiantes se transformaron en diestros amasadores de cal y boleadores de ladrillos, sin rendirse en la tarea, seducidos por el ejemplo del virtuoso Cura”⁵.

Llegada la fecha prefijada, el querido Monseñor Castellano tuvo la dicha de inaugurar la nueva capilla y de celebrar la primera Misa cantada.

Prosiguió nuestro incansable apóstol predicando a Cristo con su ejemplo y con la palabra y haciendo obras.

Es muy cierto que tener templos es imprescindible. Pero nuestro Cura quería más. Podríamos decir que era un “eterno insatisfecho”. Siempre más si se trataba del bien de la grey a él confiada.

Su sueño constante fue el de poder levantar una gran Casa de Ejercicios porque en estos es donde se produce un cambio total en la vida. Tal es así que se puede hablar de un antes y después de los Ejercicios.

Su espíritu luchador lo llevó a preparar pronto el ambiente para que los lugareños conocieran y gustaran los Ejercicios, y sacaran los frutos necesarios para su alma. Pero no todos eran tan dóciles. Los más eran bastantes remolones, y resistían altivamente a aquel que pretendía separarlo de la vía del vicio. ¿Cómo conducir, pues, a estos? Nuestro cura gaucho así lo recomienda:

“Cuando te hallas sobre la mula ante mucha hacienda brava, para pasar no haces que el animal tire coces. Con el anca poco a poco te abres paso. Así, no tires coces a los pecadores, exacerbándolos con

⁵ Miglioranza Contardo, ob.cit., pág. 81.

*palabras duras y ofensivas. Aunque vencieres y te aplaudan, las coces siempre dejan roncha y la roncha escuece. Mal volverán a Dios quienes así quedaren humillados y resentidos. Abrámonos camino poco a poco y como con el anca, orando y trabajando*⁶.

Durante años emprendió la obra quijotesca de llevar gente a Córdoba para hacer los Ejercicios. Y recalcamos lo de quijotesca pues las dificultades eran enormes, casi insalvables. Córdoba se encuentra a más de treinta leguas, equivale a tres jornadas de marcha sobre el lomo de la cabalgadura. Debían remontar los 2300 metros sobre el nivel del mar y atravesar la Pampa de Achala. La expedición debía ser organizada durante el invierno puesto que era cuando los paisanos estaban más desocupados de las tareas del campo. Y es, precisamente, en esta época del año cuando los caminos se tornan casi intransitables debido a las lluvias, al barro y a la nieve. Mas, antes de la expedición, tenemos a nuestro cura andando centenares de leguas para ir a Córdoba a buscar limosnas y ayuda.

Temple y coraje espiritual, penalidades y sufrimientos.
¡Todo por sus amados hijos!

Han llegado hasta nosotros testimonios de cómo buscaba candidatos para que participaran de los Ejercicios Espirituales. Explicaba pacientemente en qué consistía este medio tan eficaz para la conversión y santificación de las almas, refiriendo al mismo tiempo las conversiones de grandes pecadores. Y no solo personales serían los bienes obtenidos sino que también resultarían para las familias y para toda la sociedad.

Pero no creamos que de primera instancia invitaba a algún alma al Ejercicio y listo. Debía allanar mil trabas. Repetir mil veces la invitación, resolver los miles de problemas y proveer a las miles de necesidades de cada uno de los que participarían y de los familiares que quedarían.

⁶ Cfr. González Céspedes, Daniel Omar, *El Cura Brochero y la Palestra del Espíritu*, Mendoza, 2009. pág. 25.

Veamos algunos casos concretos de cómo actuaba nuestro Cura:

“Por entre unas breñas -atestiguó el viejito Altamirano- que atravesaban el sendero, y en la cuesta del gaucho, descendió el señor Cura. Con su clásica mula tordilla, vistiendo un sombrero de castor negro, de alas anchas, con poncho, daba la impresión de un criollo bien apuesto. Era de recia constitución física. Se apeó de la mula y, llegado al rancho, dio unas palmadas, mientras con donaire sin igual miraba y decía: ‘¡Aquí vengo a darles música!’. Se sentó con calma y pidió un mate. Les reconvinó del descuido en que espiritualmente vivían, de su alma y de lo que se debe a Dios. De lo que eran sus Ejercicios y sus bendiciones. Solventaba las dificultades, los oía y los dejaba comprometidos”⁷.

Y también se lo vio echarse a los pies de duros y rebeldes y con el Crucifijo en la mano se abrazaba a ellos rogándoles con lágrimas en los ojos que fueran a las tandas de los Ejercicios.

Algún mal pensado podría decir que era un recurso actoral para obtener lo que pretendía. No. ¡Eran lágrimas que brotaban de su corazón de apóstol!

En cierta población apartada vivía un hombre escandaloso. Como sabía que Brochero lo andaba buscando huía siempre de él. Pero cuando menos lo esperaba, el Cura Gaucho lo sorprendió en su misma casa. Con voz enérgica lo intimó a que entrase en Ejercicios Espirituales si no quería experimentar la ira del Todopoderoso.

Aterrorizado por esta advertencia el pecador sufrió una transformación repentina. Lloró y prometió realizar los Ejercicios Espirituales; lo cual cumplió. Al salir de estos, llevó una vida totalmente distinta a la anterior.

⁷ Miglioranza Contardo, ob.cit., pág. 92-93.

Brochero organizaba las expediciones a Córdoba para llevar a su feligrésía a los Santos Ejercicios: así, la primera expedición contó nada más ni nada menos que con ochenta paisanos. Tanto se expandió la fama de los Ejercicios que la segunda tanda superó los cien hombres.

Su donaire y gracia estaban siempre presentes para animar el sufrido paso por las sierras nevadas. El viejito Guzmán cuenta que se les cruzó un zorro rojo y que Brochero exclamó: *“Mirad que dicen que es muy mala suerte dar con zorro de este color. Anden alertas los guías”*⁸. Y de regreso, ya en el faldeo, encontrándose con uno que llevaba una tropilla de pavos negros para vender, dijo: *“Dicen que es de mal agüero en desacuerdos dar con pavos negros. En llegando a casa muy pianitos con la mujer. Mucha cordura, hijos”*⁹.

Muy pronto las mujeres también le reclamaron al Cura y entonces se puso en campaña para organizar tandas especiales para ellas. Las expediciones se tornaban mucho más sacrificadas. Muchas anécdotas quedaron de estas largas noches invernales en las sierras.

En una de estas expediciones y subiendo la sierra de Achala la caravana fue sorprendida al anochecer por una gran tormenta de nieve. A esa altura el frío era insoportable. Pero gracias a Dios encontraron un socavón en la montaña donde pudieron entrar y pasar así la noche.

Allí dentro solo oscuridad, incertidumbre, tiritar de cuerpos, cansancio, hambre y apunamiento. Para poder entrar en calor las mujeres debieron “encogerse como ovillos” y apretarse unas con otras.

Por la mañana pudo el Padre Brochero desenterrar un poco de leña para hacer un fuego y animarlas con algunos mates. Continuaron la marcha no sin dificultades, pero gozosas de poder ofrecer ese sacrificio al Rey de reyes.

⁸ Aznar, Antonio, ob.cit., pág. 27.

⁹ Aznar, Antonio, ob.cit., pág. 27.

Todo gran acontecimiento debe ser festejado como corresponde.

¡Cómo no festejar, entonces, la partida de aquel hombre viejo y la llegada del hombre nuevo, experimentada a través de esos días de estar con Dios!

Ya Brochero dejaba todo preparado y organizado para celebrarlo como una gran fiesta.

Los ejercitantes llegaban y debían pasar por entre arcos y ramas, cual ejército victorioso, al tiempo que repicaban las campanas y bombas y cohetes explotaban en el aire.

Estos primeros ejercitantes, y los que vendrían después también, eran recibidos como héroes ya que se habían vencido a sí mismos para poder servir mejor a Dios y al prójimo.

Nuestro Santo Cura, que supo captar la psicología popular, también usaba de estas fiestas para impactar al paisanaje y como propaganda para promover futuras tandas.

¡Había que ver a los familiares esperando a los suyos que regresaban de los Ejercicios! Y algo semejante ocurría en esos “bravos” que con el corazón henchido de gozo no sabían cómo expresarse para invitar a otros a los Ejercicios. Una palabra los sintetizaba: “lindísimos” porque, de tan lindos, no los podían explicar. Es que los Ejercicios no fueron hechos para ser explicados, sino para ser vividos. Y estos rudos paisanos los vivieron con genuina intensidad.

IV

LA CASA DE EJERCICIOS

Muchísimas eran las conversiones que se suscitaban en los Ejercicios Espirituales realizados en Córdoba. Ya los habitantes de Traslasierra deseaban se levantase una Casa de Ejercicios y con insistencia le pedían a Brochero. Había mucha gente que pese a sus fervorosos deseos por entrar en ellos no podía hacerlo. Fue entonces que Nuestro Señor intervino a través de una visión prodigiosa.

Vio en sueños que el Niño Dios lo tomaba de la mano y lo llevaba por unos vizcacherales de la Villa del Tránsito. Tan vivo se le representó que le parecía sentir cómo el Niñito Dios le apretaba con su manito uno de los dedos llevándolo hacia un lugar; y paseándolo le iba marcando por orden dónde establecería, edificando, cada una de las dependencias de la Casa de Ejercicios.

Este sueño no es invento popular ni leyenda. Monseñor Raimundo G. Castellanos, quien fuera Arzobispo de Córdoba, refirió que el Cura Brochero había contado este sueño a su madre quien se hallaba presente en cierta visita a las religiosas Esclavas.

Determinado pues a edificar la Casa allí comenzó con la planificación encomendándose a la Divina Providencia pues fe no le faltaba. Sabía que encontraría mil dificultades y trabas de todo tipo. Por ejemplo, al acudir a las autoridades departamentales para recibir ayuda, solo encontró postergaciones y menosprecio. No creía mucho en las ayudas oficiales. A las sugerencias de petitionar algún subsidio al gobierno, movía la cabeza negativamente y contestaba:

“¡No, mis amigos! Yo no quiero morirme sin ver la Casa de Ejercicios terminada. Si le pedimos plata al

gobierno, vamos a hacer un hoyo en el suelo de tanto esperar sentados...”¹.

Los edificios del Tránsito calculados por los ingenieros de Juárez Celman en \$400000 los hizo el Cura con \$52000 de limosnas.

Para tan magno emprendimiento buscó, en primer lugar, a personas entusiastas y de confianza como por ejemplo a Ireneo Altamirano (mayordomo de la obra), Juan A. Aguirre (tesorero) y Fidel Gallardo quien confeccionó los planos.

La búsqueda de material y de todo tipo de colaboraciones estuvo a cargo del mismísimo Brochero. Recorriendo con su macho Malacara el curato, ejerciendo su ministerio sacerdotal, visitando familias, bautizando, casando, rezando por los difuntos, confesando, no faltaba oportunidad en que les hablara de la Casa de Ejercicios y pedía apoyo de todo tipo, material, efectivo o mano de obra.

El comienzo de las obras coincidió con las Fiestas Patronales. Acudieron aquel 15 de agosto de 1875 centenares de paisanos ya que deseaban honrar a la Patrona, Nuestra Señora del Tránsito o de la Asunción y, al mismo tiempo estar presentes en la colocación de la piedra fundamental de la Casa de Ejercicios.

¿Cómo se desarrolló este acontecimiento? La procesión, entre repiques de campanas, cantos y oraciones, llegó a un hoyo preparado ex profeso para el acto.

La Santa Cruz de la procesión fue colocada a un costado del pozo mientras con gozo visible se aproximaba nuestro Apóstol infatigable.

Comenzó con las oraciones previstas: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria. Bendijo el hoyo, la piedra basal y el tubo

¹ Miglioranza, Contardo, ob. cit., pág. 114. También: Noriega, Néstor Alfredo, *Don Quijote por las sierras de Córdoba. Semblanza del Siervo de Dios Pbro. José Gabriel Brochero*, Ed. Didascalía, Rosario, 1995, pág. 21.

lacrado. Tomó la piedra y la levantó para que todos la vieran, para posteriormente arrojarla estrepitosamente al hoyo con esta originalísima expresión: “¡Te fregaste, diablo!”. El Santo Cura, conoce muy bien las mil tretas del Mandinga que “como león rugiente, anda merodeando y buscando a quien devorar” (1 Ped. 5, 8) por eso es que quiere poner en guardia a sus hijos. Esa Santa Casa sería una victoria de Jesucristo Rey. Entonces no busquemos en la frase “¡Te fregaste, diablo!” algo chabacano o pueril; más bien veamos en ella un estandarte del triunfo del Rey.

En el sermón volvió a explicar la conveniencia de contar allí con una Casa para los Ejercicios y qué espíritu debía animarlos para comenzar aquella obra.

Invitados por el Cura para la Santa Misa del día siguiente rogó que pidieran a Dios para que esa obra fuese próspera, a la Virgen María para que la Sangre de su Santísimo Hijo no fuese estéril para tantas almas y moviera los corazones de los fieles a contribuir con donativos para la obra y, por último a San Ignacio de Loyola, para que fuese un mundo de almas el que se convirtiera en esa Casa.

Los dos años que transcurrieron durante la construcción fueron de fe y empeño. Todos contribuyeron con lo que tenían.

Síntesis insuperable de estos dos años de esfuerzos en la construcción de aquella Santa Casa, son las palabras del Cura Brochero:

“Los que habitaban en el Tránsito en el año 1875, desde los siete años arriba me llevaban los ladrillos y cal quemada, al pie de la obra, en el hombro o en la cabeza, como lo hacían también las damas y señoritas que me traían la cal cruda de una legua de distancia en árganas o alforjas, para que las quemase en los hornos que estaban en la plaza. Y de diversos puntos

*me conducían los tirantes a remolque o cincha de mula, viniendo muchas de estas vigas hasta de veinte leguas*².

Finalizando las Fiestas Patronales del 15 de agosto de 1877 se inauguró la Santa Casa de Ejercicios. ¿De qué manera? ¡Con una tanda de 700 hombres llegados de distintos puntos del Curato!³

Contemplemos semejante escena: gauchos, jóvenes, ancianos, caudillos y humildes serranos; todos a la espera de poder encerrarse por ocho días anhelando acercarse más al Creador y esperando que Él, con su luz, con su presencia y con su gracia penetrara hasta lo más íntimo de sus corazones. Dios quería que estuviesen allí, practicando los Ejercicios. ¡Qué inmensa gracia!

Todos, los que entraban y los que se quedaban afuera, unidos por un mismo anhelo: comenzar a cosechar los innumerables beneficios que les aparejaría los Ejercicios a los hombres y a las familias; en una palabra, a aquella sociedad.

Ya el Cura Gaucho tenía todo dispuesto. Había preparado un cerco para poder encerrar y tener a buen recaudo los animales de los ejercitantes. Realmente asombra cómo Brochero estaba en todo. Desde lo material hasta las cosas espirituales. Para las tandas iba personalmente a Córdoba y Buenos Aires a seleccionar los predicadores que le ayudarían.

A las seis de la tarde, luego de despedirse de familiares y amigos, y al tañido de la campana, los setecientos hombres se dirigieron a la Capilla.

Y si este número de ejercitantes provoca fervor, júbilo, gozo y entusiasmo, ¡qué decir de las tandas siguientes! En el conjunto de los meses de agosto y septiembre, se dieron otras cinco tandas entre

² Miglioranza, Contardo, ob. cit., pág. 122.

³ Las cifras difieren. Néstor Alfredo Noriega habla de 500 ejercitantes. Creemos, sin embargo, que no mella en absoluto ni opaca la admiración suscitada en esta auténtica epopeya de Ejercicios.

varones y de mujeres, computándose cuatro mil paisanos. ¡Y la última tanda albergó a novecientos!

Ingresemos imaginariamente a la Santa Casa. Sabemos por los testimonios recogidos que inmediatamente después de la invocación al Espíritu Santo, el apóstol de los Ejercicios presentó a los predicadores y dio los avisos; exhortando a todos *“a no menoscabar la sangre preciosísima del Salvador que Él quería aplicar a sus almas”*⁴.

La jornada continuó como es habitual en los Ejercicios.

Cuando aquella legión de ejercitantes se había recostado cada uno sobre sus aperos para poder descansar sonó tres veces una campana, demandando atención. Se escuchó el cántico de saetas:

*“Atiende, alma, a las voces
de tu divino Pastor
que hoy te llama desde el cielo
con grande piedad y amor”.*

Pasando a otro puesto de la Casa se entonó:

*“No esperes a convertirte
cuando ya no tengas tiempo,
mira que los años corren
y se pasan como el viento”.*

Y se concluyó así:

*“Dime, si tu fin no alcanzas,
¿a dónde irás a parar?
Sin duda que a los infiernos
por toda una eternidad”.*

⁴ Miglioranza, Contardo, ob. cit., pág. 154.

Transcurrido el tercer día, y terminada la plática de la noche, el Padre Brochero les mostró una santa imagen de Nuestro Señor cargado con la cruz.

Repartió rebenques trenzados y los exhortó a que lo acompañaran en la penitencia, explicando cómo llevarla a cabo. Los misioneros presentes y Don Pío Angulo testificaron que el Cura Gaucho “se azotó despiadadamente”.

Recordemos que los santos de todas las épocas castigaban duramente su cuerpo y sus sentidos exteriores, convencidos de que ha de mortificarse a todo el hombre, en el estado de naturaleza caída, para ser enteramente de Dios.

¿Qué ocurrió luego? Los ejercitantes se sentían tan culpables y arrepentidos por sus pecados que, siguiendo el ejemplo del Cura, comenzaron a mortificarse. El ruido de los azotes hacía asemejar a una fuerte granizada.

Desde el altar Brochero comenzó a cantar:

*“Misericordia, Señor,
misericordia de mí;
a tantas misericordias,
¡cuán mal te correspondí!
Benignísimo Jesús,
cuánto lloraste por mí;
¡oh, cuántas penas sufriste
por ganarme para ti!”*

Como elementos necesarios para recordar esos días y los propósitos formulados, el Padre José Gabriel mandó reimprimir el “Directorio y prontuario para los Ejercicios” cuyo manuscrito había pertenecido a la Beata María Antonia de la Paz y Figueroa.⁵

⁵ En el año 1833 el capellán Domingo Caviedes, en Buenos Aires, mandó imprimirlo con el título de “Directorio y Prontuario para los Ejercicios Espirituales”. En 1889 Brochero tomando conocimiento de que quedaba algún ejemplar lo solicitó

Concluida la tanda el Cura Gaucho los despedía con estas palabras graciosas y amonestadoras:

“¡Bueno! Ahora vayan nomás y guárdense de ofender a Dios, volviendo a las andadas. Ya el Cura ha hecho todo lo que estaba de su parte para que se salven, si quieren. Si alguno se empeña y quiere condenarse, ¡que se lo lleven mil diablos!”⁶.

Sabemos que Nuestro Señor Jesucristo se valió de la meditación de las Dos Banderas para llamar al Padre José Gabriel del Rosario Brochero a su Servicio. A través de esta meditación Dios lo impulsó a la heroicidad en su apostolado.

Aquellos que lo trataron aseguran que fue mucho el cariño tomado a esa meditación y que no había oportunidad en que pudiéndola dar, no lo hiciese. “Se la sabía de coro”.

Transcribimos con gozo y entusiasmo, algunos significativos párrafos de la célebre meditación:

“Mis amados: Todos nosotros estamos actualmente de viaje para la eternidad. Todas las horas damos un paso más hacia la eternidad. El camino es desconocido, está lleno de peligros y asechanzas. Dos guías, dos conductores se nos ofrecen: Jesucristo y Lucifer... Jesús, Hijo Unigénito del Padre... Jesús, santidad por esencia. Jesús que nos ama en extremo. Jesús que no busca sino nuestra felicidad. ¡Oh, y qué segura es esta guía! La segunda es Lucifer. Lucifer, el mayor enemigo de Dios. Lucifer, espíritu condenado. Lucifer, que nos aborrece en extremo. Lucifer, que no busca otra cosa que nuestra eterna condenación.

¿A cuál de los dos queréis seguir, mis amados? Y qué, ¿habréis perdido el juicio para abandonar a Jesús y seguir a Lucifer? ¿Os aborreceréis tanto para abandonar al conductor del Cielo por seguir al conductor que lleva al infierno? ¡Ah, no hagáis tal cosa, mis amados. Por

a las Hermanas de la Casa de la Beata, dándole su palabra de “que en retorno de ése, lo mandaría reimprimir y les traería toda una ponchada”. ¡Y cumplió con su palabra!

⁶ Miglioranza, Contardo, ob. cit., pág. 107.

el contrario, seguid a Jesucristo hasta la muerte, y alistaos bajo de su bandera, por él, el camino que conduce con seguridad al Padre, la verdad que descubre todos los engaños y asechanzas de Lucifer, y la vida donde se encuentra la bienaventuranza eterna.”⁷

“Es verdad, mis amados que [Jesucristo] nos muestra el estandarte de la cruz, bajo el cual debemos militar, pero juntamente nos avisa que en la cruz está nuestra salud y nuestra vida; que en la cruz está la defensa de nuestros enemigos y la gracia de las consolaciones celestiales; que en la cruz se halla la fortaleza del corazón, el gozo del espíritu, la perfección de las virtudes y la esperanza de la bienaventuranza eterna.

*Es verdad que Jesucristo impone a sus soldados leyes al parecer muy duras; «abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me». Porque «el negarse a sí mismo», importa una renuncia completa de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, y un desprecio de los vanos honores. Pero «el tomar la cruz» es una preparación del ánimo para tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, tales son: la penitencia, la mortificación del cuerpo, la pobreza de espíritu y la humildad de corazón, cosas todas que se oponen directamente a los tres genios de apetitos que sugiere Lucifer.”*⁸

“¡Oh, mi Capitán Jesús!

Bien veo ahora que no he militado

*Bajo el estandarte de tu cruz,
sino bajo el estandarte de Lucifer.*

*Bien merezco que tú también me vuelvas las espaldas,
y me arrojes de vuestro servicio.*

*Pero ya que vuestra bondad quiere vencer mi ingratitud
Y llamarme de nuevo como lo haces ahora,
aquí me tenéis pronto a ejecutar vuestras órdenes
y militar bajo tu cruz.*

«Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo».

*Escojo antes padecer contigo que gozar con el mundo,
alistarme entre tus más valientes soldados
y armarme con el escudo poderoso de vuestra gracia,
para alcanzar victoria no sólo de mis enemigos,
sino de mí mismo, y reinar contigo en la gloria.”*⁹

⁷ Conferencia Episcopal Argentina: ob. cit., pág. 60.

⁸ Conferencia Episcopal Argentina: ob. cit., pág. 67

⁹ Conferencia Episcopal Argentina: ob. cit., pág. 76.

V

CONVERSIONES PARADIGMÁTICAS

Solo Dios sabe cuántas almas se convirtieron en estos Santos Ejercicios, valiéndose para ello de su apóstol serrano.

En este capítulo deseamos traer algunos ejemplos de conversiones.

Por la Santa Casa desfilaron almas no siempre de buen vivir sino todo lo contrario; incluso muchas de estas, al margen de toda ley.

Algunos de estos personajes eran buscados por las fuerzas del orden, pero las pesquisas siempre resultaban infructuosas. Nuestro santo apóstol sabiendo que “el médico no está para los sanos sino para los enfermos” (Mc. 2, 17) salía a buscarlos y los encontraba.

¿Por qué él sí y los otros no podían hallarlos? Dios, en su infinita misericordia, tenía reservado planes muy distintos. Entre atónitos y perplejos quedaban no pocos al verlo llegar acompañado de estos “indeseables”, muy mansitos ahora, rumbo al encierro de los Ejercicios.

Un caso muy conocido fue sin duda el del tristemente célebre Gaucho Seco. Era este un cuatrero que asolaba la zona de San Alberto y se lo apodaba así debido a la crueldad en el trato a sus víctimas.

El Cura Brochero anduvo días enteros, y de nevadas, por entre cerros y quebradas hasta que consiguió dar con su guarida en la zona de Los Gigantes.

El terrible bandolero ni bien lo ve llegar lo detiene sacando un arma. Brochero sacando el Santo Crucifijo le responde: *“es Este el que te busca, pero antes dame unos mates estoy agotado”*¹.

Entre cimarrón y cimarrón y con mucho tacto el Cura Gaucho va penetrando en el alma de este hombre y es así como el Gaucho Seco le va relatando su desgraciada vida. Logró desahogarse y Brochero le dio la calma que tanto necesitaba su pobre corazón.

Llegando a la Villa se divisa un pelotón. Es Brochero que a la cabeza del mismo viene con el Gaucho Seco y sus secuaces.

Conmovedora escena la que días después se contempló dentro de la Casa. ¡El Gaucho Seco, con los ojos hinchados de tanto llorar, arrodillado y besando el Santo Cristo!

Y al año siguiente volvió a realizar los Ejercicios con sus hombres.

No podemos dejar de reseñar la conversión de Santos Guayama.

Es cierto que no hizo los Ejercicios, pero su decisión y anhelo por alcanzarlos eran inquebrantables. No lo dejaron.

Durante una semana anduvo internado Brochero junto a su acompañante Rafael Ahumada por entre desfiladeros, quebradas, bosques, sierras y ríos, hasta que por fin pudo dar con el refugio del último montonero argentino.

Brochero había escuchado terribles historias de este bárbaro y se propuso hacerlo cambiar de vida.

Una vez más lo vemos ir tras la oveja perdida.

¹ Del Forno, Evagelina, Brochero. *Vida heroica de un cura diocesano*, Colección Caminos argentinos de santidad, Fundación Mater Dei, Rosario, 1999, pág. 11.

Desconfiaba Guayama de esa cita predeterminada. Creía que podía ser una emboscada. Pero pronto se dio cuenta de la sinceridad de aquel que venía con esa “santa investidura” y conversaron de criollo a criollo.

Tan santamente le habló y escuchó Brochero, repetidas veces, que el fiero montonero finalmente soltó auténticas lágrimas.

¡Un nuevo corazón para Cristo había sido ganado!

Pasaron varios días juntos. Guayama ayudaba a la Misa y comulgaba.

En una extensa carta a su amigo Cipriano Báez Mesa² le cuenta pormenorizadamente el encuentro con Guayama y a qué se comprometía cada uno:

“...Conocedor yo de la gran fama de Guayama, fui a Los Llanos de La Rioja a pedir limosna para la Casa de Ejercicios y para este Colegio (el mejor de la Provincia), y también a tener una conferencia con el famoso Guayama.

Puesto en Chepes, e informado que eran amigos íntimos de Guayama, pagaron a uno de ellos para que me lo campiaría en el desierto comprendido entre las provincias de San Juan, San Luis, Mendoza y La Rioja, y me le entregara una carta mía y otra de un amigazo de él, el Señor Apolinario Tello. En mi carta le invitaba a tener una conferencia toda en beneficio suyo y en el punto que él eligiese, sin exceptuarle el desierto mismo. La del Señor Tello era garantiéndole la sinceridad mía y diciéndole que aceptase sin trepidación cuanto yo le decía y le dijera, porque Dios lo venía buscando por mi intermedio.

Partió el enviado que volvió a los diez días trayéndome el contesto, y diciéndome que lo encontró en El Gigante (creo Provincia de Mendoza). El contesto, que hecho pedazos conservo aún, decía textualmente: ‘respecto a lo que Su Señoría solicita, el conductor, le dirá el contenido’. La carta no tiene fecha ni el lugar donde fue escrita. El conductor me dijo que elegía el

² Carta fechada en el Tránsito, el 21 de diciembre de 1894. La misma puede leerse íntegramente en Conferencia Episcopal Argentina: ob. cit., pág. 277 y sig.

sábado próximo y que el lugar era Mascasín, distante 12 leguas de Chepes, y última estancia de La Rioja para entrar a la de San Juan.

Puntualmente asistí a la cita acompañado del Señor Apolinario Tello y del conductor de nuestras correspondencias, o sea nuestro confidente guayabero, prometiéndoles yo a los de Chepes que al día siguiente les diría Misa en su Capilla, lo cual no pude cumplirles, porque Guayama no vino en todo el día indicado para la entrevista. Y recién a las 11 de la noche llegó un enviado de él diciéndome que no había venido porque un caballo que traían de tiro para entrar en él al poblado se les escapó y volviéronse al Gigante donde estaban los compañeros. Pretexto que Guayama había puesto para ver quienes me acompañaban, como él mismo me lo expresó en la entrevista.

Despachado en el momento este enviado, acompañado de nuestro confidente guayabero, al día siguiente (domingo) a las 12, volvieron con el Señor Guayama. Y después del saludo, presentación y estrategias de estilo, le hice la siguiente propuesta:

1ro Que yo pagaría a Don Patricio Llanos, vecino de Pozo Cercado (Provincia de La Rioja), la deuda de 700 \$ que con él tenía y cualquier otra que tuviese.

2º Que le sacaría indulto del Gobierno Nacional.

Y 3ro que le haría dar una ocupación militar en Buenos Aires o en otra provincia con tal que no fuera ninguna de las cuatro mencionadas.

Y que por su parte únicamente se comprometiese a entrar a Ejercicios en la Casa del Tránsito con 300 de sus amigos, dándoles yo todo lo que necesitasen hasta volver a sus casas”.

Santos Guayama prometió a su nuevo benefactor asistir a la tanda inaugural con los 300 hombres; pero esto no pudo concretarse. No le aceptó la ocupación militar, pues ya se sentía cansado y le expresó que dudaba acerca de la posibilidad del indulto.

El cura Brochero saldó la deuda. ¿Cómo pagó aquellos \$700? Fue a Pozo Cercado y la negoció ofreciéndole hacer siete funerales.

También Habló con Tránsito Tello y le pidió una estancia con doscientas vacas para que Guayama viviera y trabajase.

Se entrevistó con Miguel Juárez Celman y otros personajes influyentes para conseguir que Julio Argentino Roca tramitara el indulto.

Tanto Juárez Celman como Roca lo prometieron; y ¡vaya coincidencia! Ninguno de los dos lo rubricó.

Esto provocó dudas y temor en Santos Guayama. Transcurrían los meses y nuestro apóstol de los Ejercicios seguía carteándose con el montonero.

Entrado el año de 1879, confiado Guayama sale con unos pocos hombres. Lo emboscaron y lo llevaron prisionero a San Juan para finalmente asesinarlo.³

Enterado Brochero de tamaña traición se retiró y estuvo todo el día llorando a solas.

Así testimonia Brochero el dolor que lo embargaba:

*“Santos Guayama debía estrenar la Casa de Ejercicios junto con los amigos que tenía en el gran desierto comprendido entre San Luis, Mendoza, San Juan y la Rioja. De Guayama se dice que era un hombre muy malo; pero para mí era un manso cordero y un buen amigo”*⁴.

Escribiendo sobre este suceso, el Padre Aznar, S.J. expresa su queja, haciéndonos eco nosotros de ella:

³ Parece que los hombres de la tan mentada “Civilización” se manejaban así con los “bárbaros”. Recordemos que cuando el General Ángel Vicente Peñaloza, el “Chacho”, devuelve los prisioneros tomados al Ejército nacional hace notar las perfectas condiciones en que los habían tratado; pero cuando reclama los suyos obtiene solo silencio, ya que habían sido brutalmente asesinados. Y él mismo fue también otra víctima más de los “civilizados”.

⁴ Miglioranza, Contardo, ob. cit., pág. 143.

“Realmente la indignación revuelve el ánimo, al considerar tanta incomprensión y felonía de parte de los Poderes, ante tantos sacrificios, sinceridad y nobleza de parte de Brochero. ¡Qué triste, que aquellos hombres fueran antes políticos que nobles cristianos!”.⁵

Podrían llenarse volúmenes enteros con testimonios acerca de cómo se las ingeniaba el Cura Gaucho para llevar gente a los Retiros. Muchos de estos, lamentablemente, han pasado como una anécdota más del famoso Cura; graciosa y picaresca, pero nada más. No queremos que sea así. Volemos alto y veamos estos hechos sobrenaturalmente.

En cierta ocasión andaba Brochero tras los pasos de un hombre de considerable fortuna pero perdido por la bebida.

Supo que había provocado daños en el hotel de Mina Clavero y que por eso se le había entablado una querrela. Al tener que ir a declarar, pensaba Brochero, pasaría a tomar unos tragos y no se levantaría más. Por eso nuestro Cura se puso de acuerdo con el Juez y este sujeto fue llamado a prestar declaración.

Ocurrió tal como había sido pensado.

Brochero lo hizo conducir a la Casa de Ejercicios y lo acomodó en un catre hasta que se le pasara la borrachera.

Al otro día y sin los efectos del alcohol, no sabiendo qué sucedía ni dónde se hallaba comenzó a los gritos. Allí fue nuestro incansable apóstol y le planteó la disyuntiva: había faltado a la citación del juez. Podía estar quince días en un calabozo o, por lo menos, tres en esa Casa de Ejercicios escuchando las meditaciones.

Transcurridos los tres días (era mejor que quince en un calabozo), Brochero le informa que podía retirarse.

⁵ Aznar, Antonio: ob. cit., pág. 54.

¡Había que ver cómo operó la gracia en ese hombre! De rodillas le suplicó al Cura que no lo echara, que le permitiera quedarse con los otros porque estaba comenzando a comprender.

En cierta ocasión anduvo mucho tiempo buscando a un anciano que vivía una vida licenciosa y escandalosa. Como no podía “atraparlo” se puso de acuerdo con un compadre de este para que, sin mentir, fingiera una enfermedad grave. Lo invitaría a que arreglasen cuentas y pedirse perdón.

El escandaloso anciano llegó a la cita y mientras lloraban los dos por la terrible situación apareció el Padre Brochero, quien instó al anciano a que hiciera los Ejercicios por la salud de su compadre. Al finalizar ese Ejercicio los dos compadres se reunieron para festejar la conversión.

Solamente un alma grande y que derrocha caridad puede lograr esto.

Aprovechando sus viajes a Santa Rosa del Río Primero le inculcaba al Cura del lugar, el P. Horacio Ferreira, que levantara una Casa para Ejercicios Espirituales. “*Si queréis tener fe y piedad sincera en la parroquia, levantad la Casa de Ejercicios*”, le insistía.⁶

La llegó a contemplar con mucho júbilo. Incluso, ya casi ciego, entró a realizarlos él mismo haciéndose leer las meditaciones.

A todos sus parientes los fue llevando al santo encierro. Pero destaquemos el testimonio que dio su sobrino Pío C. Dávila. Durante muchísimas ocasiones lo invitaba a que entrase en Ejercicios pero por una u otra causa nunca podía.

Enfermó gravemente su, hasta entonces, única hija y en una de las visitas, su tío le dijo que haría una promesa para que ella se sanara, pero con la condición de que él la cumpliera. A los pocos

⁶ Aznar, Antonio, Ob. cit. pág. 13.

días la pequeña sanaba. ¿Cuál había sido la promesa? Que su sobrino entrara en la próxima tanda a hacer los Ejercicios.

Con paternal dedicación Brochero le va explicando cada párrafo de las lecturas. “Tan suave, dulce y paternal es su manera de expresarse que don Severo Roldán, después de haber asistido él también, al marcharse el cura, mirándolo extasiado, exclama: ‘Pucha, si me dan ganas de llorar al ver a este santo varón tan bueno’. Y dos gruesas lágrimas corren ya por su mejilla”.⁷

No se equivocaba un ápice el Pbro. Bartolomé Ayrolo cuando lo retrató con gracia sin igual y a la perfección:

“Creo que es una de las obras que se le escapó al Creador sin darle la segunda mano, pero que por lo mismo lo tomó el Redentor para hacer de él un apóstol, único sin duda ninguna en toda la República por su celo, por su carácter, su modo de ser, su virtud, por los extraños modos de evangelizar. Bajo la corteza más grotesca con que se pudiera pintar a un sacerdote, ya sea en su traje, ya en su modo de hablar, encierra Brochero un corazón más grande que todo el Departamento de que es digno Cura”.⁸

⁷Del Forno, Evangelina: Ob. cit. pág. 11.

⁸ Carta al Pbro. Antonio Rossi en: Conferencia Episcopal Argentina: Ob. cit. pág. 835.

VI

GANAR ALMAS A TRAVÉS DE LOS EJERCICIOS

A lo largo de su heroica vida, Brochero tuvo un Ideal que no fue otro más que el de ganar almas para el Rey de reyes.

Ganar almas, pues sabía muy bien que “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima”, como lo dice claramente el gran San Ignacio de Loyola en el Principio y Fundamento (Nº 23).

Se encontró con una feligresía catalogada de selva moral y supo transformarla usando uno de los instrumentos más eficaces para la profunda reforma social que se necesitaba.

Allá por el año 1906 se organizó en Buenos Aires un Congreso sobre Catequesis.

Para llevarlo a cabo se les mandó a los sacerdotes del país un formulario requiriéndoles información acerca de cómo se trabajaba y qué se hacía para difundir y mejorar la enseñanza de la Doctrina Cristiana.

La respuesta enviada por nuestro apóstol serrano es, simplemente, magistral:

“... Seguro de no mentir puedo decirles que aquí en el Tránsito, en Villa Dolores y en todos los Departamentos serranos, no hay nada que hacer, como no sea seguir haciendo lo mismo que se hace y conservar lo ya hecho. Que aquí todo el mundo sabe el catecismo, y, éste más, aquel menos, todos lo practican y algunos de lo lindo; que aquí no hay niño ni chinita de doce años para arriba que no sea medio teóloga, siendo muchas las que saben de memoria a San Alfonso de Ligorio; que los niños, aún los de pecho, lo saben porque se les enseña cotidianamente y porque sus padres también lo saben.”

Si no lo quieren creer, pregúnteselo al Padre Villarrubia, jesuita misionero que, habiendo venido una vez para dar Ejercicios, pudo comprobarlo. Encontró al Padre en la calle un anciano barbudo y venerable que llevaba en sus brazos un niño de pocos meses. Atraído por el aspecto de aquel anciano que le saludaba con veneración, como deben hacerlo con el sacerdote todos los cristianos, el Padre se acercó y se puso a acariciar al niño. Entonces el buen hombre dijo: «Pregúntele, Padre, al chiquito, en dónde está Dios». El Padre, sonriendo como los que no saben o no quieren creer, le hizo al niño la pregunta, a la que, no sabiendo todavía hablar, el niño respondió alzando su manecita y señalando hacia arriba, hacia abajo y alrededor, así como sabemos hacerlo nosotros cuando les enseñamos a los chicos el catecismo, diciendo: «En el cielo, en la tierra y en todo lugar». Esto me lo contó el mismo Padre Villarrubia.

Ya ven ustedes, pero lo que ustedes no ven es cómo he llegado a conseguir esto en mi parroquia y en todos estos Departamentos. Sencillamente: enseñando el catecismo y dando Ejercicios, lo uno a los niños y lo otro a los padres de los niños. Pueden hacer la prueba.

¿Qué es lo que hacía yo? Pues, Señor, cuando no tenía en mi Curato Casa de Ejercicios, arriaba con toda mi gente o con la mayor parte, una vez los hombres y otras las mujeres, a Córdoba, para asistir a las tandas que allí se daban, y a las que el primero en entrar era el Cura, porque los Curas debemos dar el ejemplo. Allí era el llanto y el crujir de dientes, no de despecho y desesperación como los condenados en el infierno sino de sincera compunción y arrepentimiento (...).

Más fácil, pero no menos fructuosa, fue la cosa cuando ya tuvimos acá nuestra Casa de Ejercicios, la que apenas si da abasto para contener tantos hombres y tanto mujererío ansioso de arreglar sus cuentas con Dios y hacer penitencia en las tandas de cada año, y eso que se dan una tras otra. Yo creo, salvo la opinión de Ustedes, aunque la experiencia me aconseja dar más fe a la mía, que eso es lo que conviene hacer en todas partes («ubique terrarum»): enseñar la doctrina y dar ejercicios, y hacer entrar a todo el mundo a ellos” (...)¹.

¡La respuesta no podía ser otra! La historia es testigo de que las experiencias de santificación recogidas en el transcurso de estos siglos son más que elocuentes. Recurramos en todo caso al Martirologio Romano o al Santoral; escuchemos los testimonios que nos ofrecen las familias cristianas o los de los convertidos.

¹ Miglioranza, Contardo, Ob. cit., págs. 190 a 194.

Hasta periódicos netamente anticristianos tuvieron que reconocer la transformación vivida en el oeste cordobés:

Señala un cronista de “El Progreso”²:

“Es admirable oír hablar de los bienes que Brochero ha derramado en estos lugares. Más de una vez me han enseñado a dos o tres bandidos reconocidos, enteramente reformados y entregados en cuerpo y alma al trabajo. El licor no es necesario para este pueblo que se está formando. Es una felicidad para un pueblo que nace, levantarse desde su cuna con costumbres tan morales”.

Por su parte el corresponsal del diario “Carcajadas”³ decía:

“En Pocho el Cura está haciendo prodigios. Con motivo de los Ejercicios Espirituales que hace tomar a todo ese paisanaje duro y remolón, como decía el clérigo Novoa, aquella gente está como una seda. Los robos han cesado. Las tropelías han minorado, las malas vidas se han disminuido, y por fin Pocho está completamente distinto de lo que era”.

Sabiendo nuestro Santo José Gabriel del Rosario Brochero que “es preciso que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies” (1 Cor. 15, 25), quiso que sus feligreses fueran de aquellos “que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal (Ejercicios n° 97), para la Mayor Gloria de Dios.

² Periódico matutino, pro liberal. Su lectura fue prohibida por Mons. Uladislao Castellano en la Carta Pastoral del 15 de octubre de 1880. Cfr. Conferencia Episcopal Argentina: ob. cit. p. 50.

³ Era un semanario dominical propiedad de Armengol Tecera, reconocido masón. La lectura de este semanario también fue prohibida en la Carta Pastoral de Mons. Castellano y confirmada por el Vicario Capitular Jerónimo Clara el 25 de abril de 1884.

Tengamos fe en los Santos Ejercicios Espirituales y realicémoslos regularmente ya que producen un profundo cambio en el hombre. Justamente allí está la solución: en la conversión total del hombre.

Sabía el Cura Gaucho que forjar a sus criollos en la fragua de los Ejercicios era el mejor servicio que podía prestar a la Santa Madre Iglesia y a esta Patria Argentina que tanto amó.

Guardemos en nuestro corazón, y pongamos en práctica, entonces, el sabio consejo que este criollo santo les daba a los ejercitantes, llamándolos de este modo a la perseverancia para poder conservar e incrementar los frutos obtenidos:

“Imiten a mi mula Malacara, a quien, por la noche la encierro en un cerco y a pesar de que encuentra en él pasto para su alimento no puede permanecer allí mucho tiempo. Salta el cerco y luego se presenta en la Casa de Ejercicios”⁴.

⁴ Relatado en Soto, Lucía: *Memorias inéditas del P. José Gabriel Brochero* (grabación discográfica sin datos de edición, 27/08/1967) en Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 843.

3• PARTE

LA FORJA DEL SANTO

VII

CANDIDATO A OBISPO

En tres oportunidades, al menos, el nombre de Brochero sonó para ocupar una sede episcopal.

El 20 de septiembre de 1886 fallece el Obispo de Córdoba, Monseñor Fray Juan Capistrano Tisera. Había sucedido al santazo de Fray Mamerto Esquiú en el gobierno de la diócesis. El 8 de julio de 1884 había tomado posesión canónica y fue consagrado obispo el 19 de septiembre. Hombre de salud frágil y débil, pero de espíritu magnánimo y generoso, comprende, conoce y admira profundamente la obra que lleva a cabo el Cura Brochero. Tan es así, que en la visita pastoral que hiciera al Curato -25 de julio de 1886- desea dejar testimoniada por escrito esta admiración. Pondera el infatigable celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, sacrificándose tanto tiempo y en todo sentido, con el trabajo de las monumentales obras. Y hace notar que Brochero merece por estricta justicia el título de “insigne benefactor” de la Parroquia y del vecindario.

Transcurren los meses desde la muerte de Mons. Tisera y comienza a rumorearse el nombre de Brochero para ocupar la sede primada vacante.

Un periódico de Rosario informa lo siguiente:

“En cartas que tenemos de Córdoba, se nos dice que se hacen allí varios trabajos para promover al obispado vacante de aquella provincia al Cura don Gabriel Brochero. Dichos trabajos cuentan con la adhesión entusiasta del Presidente de la República y de gran número de congresales, cuyo voto se ha solicitado y obtenido. En el próximo Congreso, se tratará el asunto. El Cura Brochero es uno de los sacerdotes más populares y estimados del interior de la República. Es un gran corazón con la sencillez del niño, pero dotado de una gran

perspicacia natural, lleno de buenas ideas y mejores obras. ¿Quién hubiera dicho cuando era estudiante del Colegio de Loreto que el fiero Brochero, como lo llamábamos, llegaría a ser candidato a Obispo?¹

Y otro diario de Buenos Aires, se pregunta:

“¿Quién es Brochero? Es, quizás, el más alto representante de la Iglesia argentina y el más digno sucesor de la mitra que llevó el virtuoso Padre Esquiú. Tal nombramiento influirá benéficamente en el progreso de la verdadera moral evangélica y práctica, y será un hecho trascendental”².

Ante estos rumores y noticias, Brochero se apresura y en la mañana del 5 de febrero de 1887 le envía el siguiente telegrama a un amigo muy influyente de Córdoba:

*“Agradezco voluntad suya, no felicitación. Es deshonor para Córdoba figure Brochero en terna. Soy idiota, sin tino, sin virtudes. Influya no aparezca en terna. José Gabriel Brochero”*³.

También viajará a la capital de la Provincia en marzo. Si bien el viaje era para juntar fondos para las obras, aprovecha a visitar a amigos políticos para que no insistan en la candidatura.

En el telegrama y en ese viaje se ve a las claras el grado de humildad de nuestro Cura Gaucho. ¡La virtud no se improvisa!

Finalmente, el Senado de la Nación, votó la terna que quedó compuesta por el dominico Fray Reginaldo Toro, el Canónigo David Luque y el Pbro. Dr. Juan B. González. En octubre, el Presidente

¹ Sor Díaz Cornejo, María Nora, José Gabriel del Rosario Brochero. Un santo para nuestro tiempo, San Pablo, Bs. As., 2005, pág. 149.

² Ídem ant.

³ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 213.

Miguel Juárez Celman presentó a Toro y este fue nombrado Obispo por S.S. León XIII.

Pero en noviembre de ese año comienza a estudiarse la posibilidad de erigir la Diócesis de La Plata; y nuevamente el nombre de Brochero vuelve a aparecer en los periódicos:

“¡Oh quién nos diera obispos como el Cura Brochero! Y al Presidente de la República también le gusta mucho, pero es imposible luchar contra la modestia de este hombre... Y no ha hecho solamente caminos públicos. Ha hecho también una buena iglesia. Ha hecho, además, un gran colegio... ¿milagro? No. La cosa es muy sencilla. Es cuestión de honradez y voluntad. En otros términos: es cuestión de haber tomado el apostolado en serio, como lo ha tomado el Cura Brochero...”⁴.

A la muerte de Monseñor Reginaldo Toro, el 21 de agosto de 1904, el nombre del Cura Brochero vuelve a saltar a la palestra periodística. Así lo hace entrever el diario *Los Principios*, el 25 de agosto de ese año. Y como las hijas del Presidente de la República, nada menos, se hicieron eco de esta noticia, Brochero le manda una misiva al mandatario nacional, el 4 de septiembre:

*“Al Presidente de la República, Señor Julio Roca
Apreciado Señor: Por haber estado enfermo más de quince días no le dirigí ésta inmediatamente que murió el Señor Obispo Toro, para que -tomando cartas en ese truco- del nombramiento del sucesor del finado Toro -dijera: ‘quiero y vale cuatro’, y matara la del macho con el siete de espadas, y la última con el as del mismo palo, diciéndole al Congreso que no se fijen ni en la mitra ni en la ciencia ni... sino en la prudencia de la persona que pongan en la silla episcopal, y en los deseos íntimos de ella de ser amigo con la autoridad provincial y también con la nacional, para que mientras esté en el*

⁴ Sor Díaz Cornejo, María Nora, Ob. cit., pág. 150.

mando no haya alborotos con las autoridades mencionadas.

Y cuento al caso, para que cuente a sus apreciables hijitas que son tan amigas de cuentos mentirosos. Dígales que preguntado Santo Tomás de Aquino por unos conreligiosos suyos que estaban por nombrar un general para que gobernase toda la Orden, y por ende los miles de sus conreligiosos, si nombraban a uno muy sabio de toda la Orden, o a uno muy santo de ella, o a un religioso prudente que no era ni sabio ni santo. Contestoles Santo Tomás que dejasen al sabio para que enseñase a todos los hermanos de la Orden, y que dejasen también al santo para que rogase por toda la Orden y por todos los hermanos de ella, y que eligiesen a ese prudente, aunque no sabio ni santo, para que viviesen todos los religiosos de su Orden en paz y tranquilidad.

Como veo que Usted, en el Congreso, habrán designado ya el sucesor del Obispo Toro ésta, mi carta, no tiene más alcance que el cuento para sus apreciables hijitas, a quienes saludo afectuosamente, junto con Usted, deseándoles toda clase de felicidad. Su viejo servidor y amigo”⁵.

⁵ Conferencia Episcopal Argentina, ob. cit. págs. 480 y 481. El Senado de la Nación formó la terna el 1° de septiembre con el R.P. Zenón Bustos y Ferreyra, Custodio de la Provincia franciscana de Córdoba, el Canónigo Jacinto R. Viñas y de Monseñor Raynerio J. Lugones. El P.E.N. presentó al primero.

VIII

CANÓNIGO EN “LA DOCTA”

Después de casi tres décadas, el 8 de mayo de 1898, deja su Parroquia para asumir como canónigo de la Catedral¹. Entrega la Parroquia al Pbro. Bruno M. Ferreira. Señalemos que él ya era canónigo honorario merced a una distinción hecha por el Presidente Julio Argentino Roca, en septiembre de 1881, y que contaba con la total aprobación de Monseñor Esquiú².

Nueve años antes le había mandado una misiva a su Obispo explicándole las causas de su pedido de renuncia al Curato. La carta está fechada el 19 de noviembre de 1889:

“A Su Señoría, el Señor Obispo Diocesano, Doctor Fray Reginaldo Toro.

Ilustrísimo Señor: Yo bien comprendo que la carrera eclesiástica se toma para trabajar en bien de los prójimos hasta lo último de la vida, batallando con los enemigos del alma, como los leones que pelean echados cuando parados no pueden hacer la defensa.

Pero el miedo que me ha infundido el caballo, a causa de 115 rodadas que he dado hasta esta fecha (como 50 antes de ordenarme), y el deseo que tengo de que el Curato adelante más y más en lo moral y material, me ponen en la dura, penosa y triste necesidad de abandonar un Curato que tanto estimo, por haber gastado en él la primavera y el otoño de mi sacerdocio, como que al 5 del entrante mes entero 20 años.

Ilustrísimo Señor: Para mí es muy penoso y doloroso el tener que dejar a unos feligreses tan amorosos, tan progresistas, y tan generosos que me han soportado -en primer lugar- 20 años sin quejarse jamás. Que no ha habido -en segundo lugar- obra pública que haya iniciado, aunque ésta fuera en departamentos extraños, que no me hayan ayudado con sus intereses y personas. Que han atendido -en tercer lugar- a mis necesidades materiales pagándome pronta y religiosamente los derechos.

¹ La aceptación es en el mes de abril y toma posesión en agosto.

² También había sido nombrado como canónigo honorario el P. David

Ilustrísimo Señor: Si me hace reemplazar con cualquier sacerdote joven, serán prontamente atendidos los enfermos, se harán en breve los templos que se precisan en Panaolma y Ambul, y se harán dos cementerios que faltan. Pero al contrario sucederá si yo permanezco a la cabeza del Curato, a causa del temor de que los caballos rueden una vez que estoy sobre ellos. En vista de la razón expuesta, pido a Su Señoría Ilustrísima me exonere del cargo de Cura del Tránsito.

Dios guarde a Vuestra Señoría Ilustrísima.

*J. Gabriel Brochero*³.

Ya en “la docta”, vivirá en casa de sus amigos, el Comisario Benjamín Galíndez y de su esposa Doña Joaquina Cabanillas. En las noches frías o lluviosas se acordaba del agente de policía que montaba guardia junto a la casa y le arrimaba un poncho o un buen café caliente.

Como canónigo ganaba sesenta pesos. Pero siempre los repartía entre los más necesitados. Muchísimas fueron las veces que se fue caminando hasta la Catedral, por no tener con qué pagar el tranvía de a caballo. Decía: “*Más necesidad tienen esos pobres de comida, que yo de vehículo*”⁴. Realizaba con total naturalidad obras de caridad, dándole ninguna importancia a las privaciones o sacrificios.

Al encontrarse en “la docta” se propone suavizar o refinar sus sermones. Pero arrebatado por su genio vuelve con sus típicas frases: “*Ustedes están habituados a los ricos dulces, pero yo les voy a dar ahora puchero a la criolla que, aunque es un plato poco delicado, es más sustancioso*”⁵.

Mucho se ha dicho del lenguaje y de la cultura de Brochero. ¡Guarda con esto! Dice muy bien el P. Castellani: “No es verdad que fuera bocasucia y malhablado; era zafado simplemente cuando

³ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 253-254.

⁴ Aznar, Antonio, Ob. cit., pág. 72.

⁵ Miglioranza, Contardo, Ob. cit., pág. 230.

convenía, como debe ser cualquier varón”⁶. Y, ¡era culto como pocos! En aquellos años, no cualquiera era maestro en Filosofía; que fuera sencillo en sus costumbres no dice otra cosa más que eso. Allí están sus lecturas que pueden atestiguarlo. Algunas de ellas, por ejemplo: “Pláticas” de Santander, “Luz de Verdades Católicas”, “Sermones” de P. Bridaine o el “Catecismo” de Mazo. Pero de lo que más se nutría y cultivaba con gran capacidad eran las Sagradas Escrituras. El P. David Luque no deja duda alguna con su testimonio: “el señor Brochero era hombre erudito y sólido en doctrina y cuando se ponía en ello, iba casi a la par de otros oradores”⁷.

El Padre Antonio Alonso, por entonces mayordomo en el Seminario, recuerda así al Cura Brochero: “era el número uno en espíritu. Cuando se tenían los Ejercicios para el clero, acudía él a una de las tandas. Brochero era quien hincado en un reclinatorio solía leer los puntos para la primera meditación de la mañana antes de las misas. En tiempos libres de descanso paseaba por los patios, leyendo en el libro de Tomás de Kempis. Ya terminadas en la capilla las oraciones últimas de la noche, convidaba a sus compañeros sacerdotes para que lo acompañaran en la penitencia que practicaba. Esta consistía en que cada uno le aceptara un rebenquillo, y se azotara mientras él, castigándose, rezaba el ‘Miserere’. Él se azotaba despiadadamente”⁸.

En Córdoba uno de sus apostolados más fuertes consistió en visitar la Penitenciaría Provincial pues ésta no contaba con un sacerdote estable. Recordaba muy bien las palabras del Señor: “estaba preso y me visitasteis”⁹. Les celebraba la Santa Misa, los confesaba, les predicaba... ¡los consolaba y confortaba!

Tal habrá sido su entrega y dedicación a los presos que, con ocasión del Año Santo y del homenaje que, por iniciativa del Papa,

⁶ Castellani, Leonardo, *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*, Dicio, Bs. As, 1974, pág. 451.

⁷ Aznar, Antonio, Ob. cit., pág. 74.

⁸ Testimonio traído por Aznar, Antonio, Ob. cit., pág. 71.

⁹ Mt. 25, 36.

se le brindaría a Cristo Redentor, predicó los Ejercicios Espirituales y con la ayuda de los PP Dominicos, organizó una santa misión. Esto fue en noviembre de 1900, para celebrar el fin del siglo. Un diario de la época, detalla la información: “En la capilla de la Penitenciaría, tuvo lugar la ceremonia religiosa con la cual se daba por terminada la misión espiritual que varios sacerdotes dominicos y el canónigo señor Brochero venían celebrando. Más de 200 presos han tomado parte en la ceremonia y la actitud religiosa con que se han presentado a la sagrada mesa demuestra el éxito alcanzado por los misioneros”¹⁰.

Y lleno de afecto paternal, les dirigirá una hermosa carta a los detenidos:

“A mis queridos hijos espirituales, los presos de la Penitenciaría.

Mis queridos: Deseo que ésta los encuentre con salud, con paciencia y con esperanza de conseguir alguna gracia por los tres acontecimientos del año entrante.

Ya les hice decir por mensaje, y luego les repetí por carta, que las Damas de Córdoba y el Presidente de San Vicente de Paul hicieron por Ustedes petición de gracia ante el Gobierno, y que el carro se encajó hasta las mazas, esto es, que muchas personas de valer de Córdoba hacían resistencia a la solicitud que se hizo por Ustedes (no entran en los resistentes ni el Gobernador, ni sus Ministros).

Es preciso, pues, que Ustedes se den todas las noches (hasta el 1° de Enero) una soba en las carnes limpias, para que se verifique aquel adagio ‘a Dios rogando y con el palo dando’, y puedan obtener la gracia de que se le rebajen dos años en sus condenas, y se les ponga término a los que no la tengan, y puedan así salir de la Cárcel una docena de 110 penados que son Ustedes entre hombres y mujeres.

¡Una docena de presos que pueden ser agraciados en el 1° de Enero es lo que asusta y escandaliza a ciertas personas de la sociedad de Córdoba, y no se escandalizan que más de 10 docenas de presos no se les ha concluido el Sumario entre los tres meses que manda la ley! Si se consigue la gracia, pedida para Ustedes se verá que el número de agraciados es insignificante con relación al número de presos.

¹⁰Sor Díaz Cornejo, María Nora, Ob. cit., pág. 159.

Les adjunto ese recorte de LOS PRINCIPIOS, para que vean que también hay muchísimos doctores que abogan por Ustedes, pues ese artículo es escrito por uno de ellos.

Yo, mis queridos, espero con seguridad que el prudente y compasivo Gobernador del Campillo accederá a la gracia que le piden las Damas de Córdoba, porque -restando y haciendo bien las cuentas- la petición de ellas es un alquito un más que cero.

Sin más, me despido de Ustedes”¹¹.

Pero el Cura Gaucho no se sentía cómodo en Córdoba, si vale la expresión. Añoraba su Curato. El ser canónigo para él no significaba ningún mérito. Estaba allí por obediencia y porque entendió que era la voluntad del Señor. Sigue manteniendo contacto con sus feligreses del oeste cordobés. Les escribe y cuando puede los visita. No deja de interesarse por todo aquello que ocurre en sus sierras.

Del Pbro. Ferreira sabemos que trabaja con celo y ardor en pos de la Parroquia, pero no termina de entenderse con algunos parroquianos, o estos no terminan de aceptarlo. La situación se torna cada vez más tirante. En una reunión de vecinos, en la que se encontraba el mismo Ferreira, uno de ellos dijo: “Debéis tener en cuenta que ya no tenemos a un Brochero, que en los momentos de necesidad montaba en su mula mansa o chúcara, superando todos los obstáculos, desafiando todas las inclemencias del tiempo, se imponía a todos los inconvenientes, sin acordarse de comer ni de beber, penetraba hasta los países salvajes, si era necesario, procurando recursos para sus obras...”¹². Y desde Ambul los vecinos le piden a Monseñor Toro que mande de nuevo a Brochero por el “profundo cariño que le profesamos, por sus acrisoladas dotes de virtud y trabajo”¹³.

Para fines de septiembre de 1901 Monseñor Toro le indica al Padre Ferreira que entregue el Curato al P. Policarpo Trancón

¹¹ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 335-336-337.

¹² Bischoff, Efraín U., Ob. cit., pág. 219.

¹³ Ídem. ant.

Carnero. Este se hace cargo del Curato pero ya le está informando, el mismo día, al Obispo que su misión pastoral se verá dificultada debido a que no sabe andar a caballo pues esto es una condición casi necesaria para poder cumplir debido a la extensión del Curato.

A los meses, Trancón Carnero es destituido por el Obispo, pues “parece” que no tuvo un buen desempeño. El Cura Gaucho, se entera, y le escribe el 22 de agosto de 1902 a Don Erasmo Recalde:

“Nuestro amigo Trancón está mal destituido, aunque hubiese alguna picardía oculta, porque se le debió pasar nota para que renuncie, y así nadie se apercibiría. Pero la orden es que en presencia de dos personas se le lea la nota en que se le separa del Curato y que se lo entregue al Capellán”¹⁴.

Finalmente, Monseñor Toro le pide al Cura Brochero que marche nuevamente a sus pagos del oeste cordobés. La designación tiene fecha del 25 de agosto de 1902¹⁵. Y en carta del 31 de agosto de ese año de 1902, nuestro Cura le agradece al Obispo la designación:

*“Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano:
José G. Brochero, altamente agradecido a su Señoría Ilustrísima, se presenta y expone que -habiendo aceptado el Curato del Tránsito- espera de Su Señoría Ilustrísima que se digne aceptarle la renuncia que hace de la silla de Canónigo de primera media ración a contar desde el 31 del corriente.
Es gracia que espera de Vuestra Señoría Ilustrísima”¹⁶.*

¿Cómo se despidió de “la docta”? Con una de sus típicas y graciosas formas de expresarse. Al quitarse la muceta y entregarla al

¹⁴ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 392.

¹⁵ En la sesión del Cabildo Eclesiástico del 10 de septiembre, los canónigos se notifican que el Obispo Diocesano había promovido con fecha 26 de agosto al Pbro. Andrés García Colmena para llenar la vacante producida.

¹⁶ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 393.

coro les dijo: “*Este apero no es para mi lomo; ni la mula para este corral*”¹⁷.

Regresó, pues, a su añorado Curato el 1° de septiembre de 1902. Desde ese día, dirá el P. Domingo Acevedo, su sucesor: “desplegó cuanta energía puede reconcentrar el espíritu emprendedor de un hombre, para llevar su dinamismo a las más difíciles empresas”¹⁸.

Imaginemos, siquiera por un instante, la algarabía en el Tránsito: ¡Vuelve el Padre Brochero! Alegría inmensa en esas sencillas almas. Vuelve aquél que los ayudó a levantarse y salir de la orfandad espiritual. ¿A cuántas almas alejó del vicio? ¿Cuántos ordenaron su vida? Todos estos estallaron de júbilo al enterarse del regreso.

Pero no faltaron los que, aunque sin maldad, comenzaron a hacer comparaciones o buscarles defectos a los sacerdotes antecesores. A estos los paraba en seco, diciéndoles: “*Cada uno toca la cuerda con los dedos que Dios le ha dado*”¹⁹.

¹⁷ Miglioranza, Contardo, Ob. cit., pág. 233.

¹⁸ Acevedo, Domingo, “*El Cura Brochero*”, Córdoba, 1928, pág. 399.

¹⁹ Bischoff Efraín U., Ob. cit., pág. 223.

IX

LA SANTA MUERTE DEL CURA BROCHERO

Si bien existían casos de lepra en Córdoba y particularmente en el curato de San Alberto, no constituía una epidemia. El Cura Brochero no contrajo esta terrible enfermedad de rebote o por casualidad, sino que por tratar y aliviar a otros Cristos que padecían de este mal. De allí que el P. Castellani pudo aseverar que “es un verdadero mártir de la caridad”¹. Porque así como no se achicó ante el cólera morbo, tampoco lo hizo ante la posibilidad de contagiarse de este mal. Y muchos han atestiguado que la lepra la contrajo varios años antes de que se le revelase la dolencia.

“¡Ahí también hay un alma!”², fue la cristiana respuesta a los “prudentes” que le aconsejaban cuidarse de un leproso al que atendía con ropa y alimentos. ¡Finalmente ese leproso, al que le suministró los Santos Sacramentos, murió en sus brazos! Otro ejemplo de amor al prójimo lo dio con el joven leproso de una familia de bienhechores. Mateaba con ellos para confortarlos en la tribulación. Recibía el cimarrón de manos del enfermo y seguía la ronda. ¡Exquisita caridad, propia de un santo varón!

En mayo de 1906, le escribe a su amigo Antonio Rivero, refiriéndose a su enfermedad:

“Diga al doctor Nores que antes de que acabe el mes iré por Córdoba a hacerme curar de una enfermedad que me apareció inmediatamente de volver de Buenos Aires el año pasado, y que según mis conocimientos médicos, consiste ella en que estoy sarnoso, pues tengo un escozor y granería desde el codo hasta las uñas de la

¹ Castellani, Leonardo, S.J., *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*, Diction, Bs. As., 1974, pág. 448.

² Miglioranza, Contardo, Fray, *El Cura Brochero*, Misiones Franciscanas Conventuales, Cóndor 2150, Buenos Aires, 1994, pág. 238.

mano y desde las rodillas hasta el empeine de las patas y que lo mismo es en los dos jamones del anca"³.

Pero, ¿cómo recibió la noticia de su enfermedad? Se la da su amigo, el Dr. Miguel Juárez Celman. Al preguntarle qué había dicho el médico especialista en piel, se entabla el siguiente diálogo:

“– Te estimo demasiado, le dice Juárez Celman, para mentirte: Recomendó el aislamiento absoluto, y...

“– *Que tengo el mal de Job*, interrumpe Brochero, y agrega: *Alabado sea Dios, que se ha acordado de mí. Regresaré mañana a Córdoba y me aislaré. Tal vez en la soledad sirva mejor a Dios*"⁴. ¡Aceptó cristiana y heroicamente la cruz que el Señor le ponía! Él, que no tuvo empacho en relacionarse con leprosos porque veía en ellos a Cristos sufrientes, se aislará en casa de su hermana.

El rumor de su enfermedad hace que algunos comiencen a evitarlo y otros, directamente, le huyan. Pero ninguna queja sale de su boca. Le duele, mas los comprende. “Desde ese momento ofrece al Señor su vida por la salvación de las almas, para ayudar a Cristo en la corredención del mundo”⁵.

El 7 de julio de 1907 le escribe a su Obispo, Mons. Zenón Bustos:

“Mi vejez, mi Señor, me ha apretado tan de golpe que desde que estuve con Usted he perdido tres muelas y no me deja en la noche calentar en la cama, si una hora antes de entrar en ella no pongo dos botes con agua caliente, lo que no es posible si no estoy en el mismo Tránsito.

Cierto es que, en el principio de su Gobierno y aun después, le di palabra de que nunca se haría mi voluntad sino la suya, pero se entendía (aunque no lo expresé) si podía soportar el peso del puesto en que Usted me colocara. Y como ahora mi vejez me dice que

³ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 598.

⁴ Aznar, Antonio, S.J., Ob. cit., pág. 81.

⁵ Del Forno, Evangelina: Ob. cit., pág. 20.

no puedo soportar el peso del Curato del Tránsito, le aviso que sólo lo acompañaré en los meses de calor del año entrante.

Por otra parte, como algunos de los médicos (no todos) dijeron que mi enfermedad era lepra, me disparan las Esclavas, los Jesuitas, y hasta la Señora de Recalde (a pesar de ser ella y su esposo unos de los principales amigos y de los que más me quieren) me dispara, y por eso le acaban de pedir que me saque pronto del Curato y lo ponga a Acevedo antes que se vaya del Tránsito”⁶.

Y en otra carta, del 26 de julio, aún más dolorosa, le dice:

“A Su Señoría, el Señor Obispo, Doctor Fray Zenón Bustos.

Mi Obispo: En este instante recibo en Ambul -donde estoy cumpliendo algunos de mis múltiples deberes- su carta, en la que me dice:

1° Que estoy retrayendo a mis feligreses de la recepción de los sacramentos con mi verdadera o supuesta enfermedad, según las informaciones que le han llevado.

2° Que entregue a Acevedo el Curato y que siga viviendo en el Tránsito conservando mi título de Cura.

Y 3°, finalmente, que proponga a Acevedo que me de la 3° parte de las entradas de él.

En contesto digo a mi Obispo:

1° Que le envíe mi renuncia con esta misma fecha, haciendo un propio desde Ambul para ganar tiempo.

2° Que, si es justo, Acevedo me de la 3° parte de las entradas, sería deber de mi Obispo y no mío hacer a Acevedo la tal propuesta.

Y 3°, finalmente, si continúo viviendo en el Tránsito estaría siempre espantando a mis feligreses con mi enfermedad.

Acabo la presente pidiendo a mi Obispo disculpa de todo lo desatento e incorrecto que haya en ella, porque la he escrito al correr de la pluma a fin de no demorar el envío de mi renuncia.

Sin más, su Canónigo que le pide la bendición”⁷.

⁶ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 665.

⁷ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 671-672.

El 22 de enero de 1908 se le acepta la renuncia y el 2 de febrero el Padre Domingo J. Acevedo se hace cargo de la Parroquia del Tránsito de manera definitiva.

A fines de marzo de 1908 regresará a Santa Rosa del Río Primero, a su casa paterna, donde vivió con sus hermanas María Ramona y Rosaura Carolina. En ese tiempo, no olvidó a sus feligreses a quienes les mandaba cartas o telegramas por algún aniversario o confortándolos y consolándolos por algún dolor. Su enfermedad no logró disminuir su exquisita caridad. Su hermana Aurora, desde el Tránsito, le pide que vaya a vivir con ella. Él, que siempre pensaba en los demás, le escribe poniéndole las siguientes condiciones:

“Para ir yo a tu casa necesito dos cosas: 1° que las Esclavas me prestasen todos los elementos para decir Misa en mi pieza y 2° adquirir unos cuantos pesos –o que tú me ayudes con algunos- para atender a las necesidades de los pobres que irán a pedirme que los surta”⁸.

Vuelve a Villa del Tránsito, viviendo en la extrema pobreza. Cuando sus dolores se lo permiten viaja a su pueblo natal. Y allí, en algunas oportunidades, será acompañado por el seminarista Audino Rodríguez y Olmos⁹. Este, dirá que con Brochero habitualmente conversaban del Evangelio y que quedaba admirado de las interpretaciones originales que hacía¹⁰. También asegurará, el futuro

⁸ Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 731.

⁹ Será el segundo Arzobispo (séptimo diocesano) de San Juan de Cuyo. Siendo Obispo de Santiago del Estero, el 5 de octubre de 1939 el Sumo Pontífice Pío XII lo traslada y promueve a la sede arzobispal sanjuanina, de la que tomó posesión el 20 de octubre de 1940. Falleció el 3 de agosto de 1965.

¹⁰ Por ejemplo: Explicando la prisión de Nuestro Señor, aseguraba que en la agresión de San Pedro a Malco hubo dos milagros: el primero, que San Pedro, acostumbrado a las faenas de dividir peces no hubiera dividido a Malco en dos partes, y el segundo milagro, la restitución de la oreja a su lugar.

Cuando aquel enfermo fue puesto delante del Señor por aquellos que primero habían abierto el techo, Brochero aseguraba que antes de la curación del

Arzobispo de San Juan de Cuyo, que el Santo Cura Gaucho sentía gozo con la lectura habitual de la Biblia de Scio y de los sermones del Padre Séñeri.

Como consecuencia de la lepra fue quedándose ciego; y posteriormente siguió un endurecimiento de los oídos. Este aislamiento fue, sin dudas, muy doloroso para el Santo. Obviamente ya no salía solo, era llevado por un lazarillo. Refiere Fray Contardo Miglioranza que a veces levantaba sus ojos apagados hacia sus sierras queridas y con añoranza decía al Padre Antonio Álvarez:

“Ya no veré más las sierras que tantas veces he pasado a lomo de mula. Las he subido y bajado ni cuenta tengo en cuántas ocasiones pero jamás tuve miedo. ¡Ah, sí! Pero ahora voy teniéndolo al Juicio Final. ¡Vaya a saber cómo va a ser eso...!”¹¹.

Una de sus últimas cartas, fue dirigida a su amigo y compañero de ordenación sacerdotal, el Obispo de Santiago del Estero, Juan Martín Yáñez. En esta redacta con total naturalidad y aceptación su martirio; y, por ende, es donde podemos apreciar la santidad de su alma:

“Mi querido: Recordarás que yo sabía decir de mí mismo que iba a ser tan enérgico siempre como el caballo chesche que se murió galopando. Pero jamás tuve presente que Dios Nuestro Señor es -y era- quien vivifica y mortifica, y da las energías físicas y morales, y quien las quita.

Pues bien, yo estoy ciego casi al remate, y apenas distingo la luz del día, y no puedo verme ni mis manos. A más, estoy casi sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos, y de las rodillas hasta los pies. Y así, otra persona me tiene que vestir o prenderme la ropa.

enfermo, había tenido lugar el milagro de que el dueño de casa hubiese permitido dejar abrir el techo sin protestar, tratándose de gente desconocida.

¹¹ Miglioranza Contardo, Ob. cit., pág. 241.

La Misa la digo de memoria y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es «extollens quaedam” mulier de turba...». Para partir la Hostia consagrada y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la Forma la he tomado bien para que se parta por donde la he señalado, y que la hijuela cuadrada está en el centro del corporal para poderlo doblar. Me cuesta mucho hincarme y muchísimo más el levantarme, a pesar de tomarme de la mesa del altar.

Ya vez el estado a que ha quedado el chesche, el enérgico y el brioso. Pero es un grandísimo favor el que me ha hecho Dios Nuestro Señor en desocuparme por completo de la vida activa y dejarme con la vida pasiva, quiero decir, que Dios me da la ocupación de buscar mi fin y de orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo.

No ha hecho así contigo Dios Nuestro Señor que te ha cargado con el enorme peso de la Mitra hasta que te saque de este mundo, porque te ha considerado más hombre que yo, por no decirte en tu cara que has sido y sos más virtuoso que yo.

Me ha movido a escribirte tal cual ésta, porque tres veces he soñado que he estado en funciones religiosas junto contigo, y también porque el 4 del entrante enteramos 47 años a que nos eligió Dios para príncipes de su corte, de lo cual le doy siempre gracias a Dios, y no dejo ni dejaré aquellas cortitas oraciones que he hecho a Dios a fin de que nos veamos juntos en el grupo de apóstoles en la metrópoli celestial”¹².

En los paseos que podía realizar, concurría al locutorio de las Hermanas Esclavas y se hacía leer un pasaje del Santo Evangelio. Al concluir la escucha, lleno de gozo, exclamaba: “*ya tenemos el manjar del alma*”. Cuentan que si alguna parte del Evangelio le llamaba la atención, le decía a la hermana que leía: “*Caramba,*

¹² Conferencia Episcopal Argentina, Ob. cit., pág. 801 y 802.

caramba, que está lindo esto, repetilo, hija”¹³. El resto del tiempo, como él mismo decía, se la pasaba “*desgranando Rosarios*”.

A principios de 1914 su estado se agrava aún más. Al estar ciego y sin sensibilidad en el olfato no advierte que una mosca le entra por la nariz. Esta inocular los huevos y le provoca una miasis. Esta nueva enfermedad le trae aparejado terribles dolores de cabeza; y lo que fue peor: al enterarse la gente de que “estaba agusanado”, algunos se apartaron todavía más.

En esa terrible soledad lo encontró el Pbro. José Pío Angulo. ¿Quién fue este sacerdote que hizo de buen samaritano? Durante las vacaciones de 1891-92 este buen hombre de Dios había vivido en la casa parroquial de la Villa y acompañado a Brochero en alguna de sus quijotadas. Desde 1896 y por espacio de diez años fue cura de Minas y allí colaboró estrechamente con el Cura Gaucho y su obra apostólica. Sentía una inmensa y filial veneración hacia él, por eso es que cuando lo encontró en tales condiciones decidió no separarse de su lado. Leemos en la *Positio*: “Llegué al Tránsito, escribe el presbítero Pío Angulo, cuando el señor Brochero se encontraba enfermo. De ahí que me cupo la triste satisfacción de ser confidente del benemérito enfermo y administrarle los sacramentos, que recibió con entereza cristiana, con resignación ejemplar, y con piedad propia y virtuosa de sacerdote. Su adiós al mundo que iba a abandonar y el saludo al nuevo mundo de innegables y eternos encantos que se presentaba radiante de luz ante su alma, fue formulada en los siguientes términos, al levantar yo, ante sus ojos, la blanca hostia como mensajera de felicidad, de paz: ‘*Esta es la despedida*’. Proponiéndome hacerle entrever en la eternidad la perdurable recompensa que Dios deparaba a su vida consagrada a la gloria divina y a la salvación de las almas, le dije que, en el cielo, lo esperaban las innumerables almas que él había salvado en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, en el desempeño de su cargo parroquial y en la Casa de Ejercicios. A lo cual él contestó: ‘*Sí, porque los*

¹³ Aguirre López, Pedro, *Pinceladas brochelianas*, en: “*Los principios*”. Córdoba, 29 de enero de 1950.

papeles están rotos'. Preguntándole yo si se refería al documento contra la humanidad, del cual dijo San Pablo que había sido triturado en la Cruz Redentora, me contestó: *'No sólo eso. También los documentos personales, porque si alguna parte hubiera tenido el diablo, el documento está rasgado, y de boca no cobra nadie*'. Rasgo a la vez que de bien fundada confianza, de la personalidad original de Brochero"¹⁴. Y en otra ocasión, también supo decir: *"Aunque el demonio busque algo en mí, se equivoca; todo está pagado por la sangre de Jesucristo"*¹⁵.

Tres días antes de morir quiso celebrar la Misa. Rezaba de memoria la de los difuntos, pero le sobrevino un desmayo y no pudo concluirla. Las palabras finales fueron las del Evangelio de aquel día: "Et ego resuscitabo eum in novísimo die".

El Pbro. Angulo se fue hasta Mina Clavero para pedir ayuda al médico Meana¹⁶. Se le aplicaron inyecciones de morfina para las neuritis terriblemente dolorosas que le aquejaban. Calmado de los dolores y clareado en su mente, Brochero pidió la confesión y recibió el Santo Viático sentado en la cama y con la sotana puesta. "Sus súplicas de rezo a Jesucristo enternecían. Pero lo que sí quedó grabado en mi espíritu fue aquella fe viva y tierna del Señor Brochero, que cegado en sus ojos de carne y teniendo en sus manos el Santo Cristo, parecía contemplarlo"¹⁷.

Vayamos concluyendo. Si realmente queremos santificar nuestras vidas -tanto sacerdotes como laicos- tenemos en él un modelo digno de imitación.

Sus últimos años fueron un duro y desgarrador martirio. Pero él lo soportó con resignación por amor a sus hijos en Dios Padre.

¹⁴ Sor Díaz Cornejo, María Nora, Ob. cit., pág. 173.

¹⁵ Bischoff, Efraín U., Ob. cit., pág. 274.

¹⁶ Bischoff dice que al no encontrarlo, fue el hijo de éste, Teófilo, estudiante de medicina.

¹⁷ P. Aguirre López, Pedro, Ob. cit.

Horas antes de morir, atestigua la persona que lo cuidó ese día, el Santo Cura le pidió el Rosario y el Breviario, y repetía la reconfortante jaculatoria: “Jesús, José y María, sed la salvación del alma mía”.

El 26 de enero de ese año de 1914 lo llamó el Padre, para premiar así una existencia entregada por completo al bien.

Pidamos entonces con insistencia la gracia de conocer e imitar a este hombre de fe y de vida interior para que cuando nos llegue el momento de la partida podamos decir como él: “*¡Ahora, puestos los aparejos, estoy listo para el viaje!*”¹⁸.

A.M.D.G

¹⁸ Miglioranza, Contardo, Ob. cit., pág. 245.

APÉNDICES

APÉNDICE 1:

LA ACCIÓN SOCIAL

Cuando Brochero llegó al Curato se encontró con una verdadera “selva azarosa”, en lo atinente a la moral; y esta desidia moral repercutía en todos los ámbitos de la existencia de aquellos paisanos.

¿Por qué el Cura Gaucho pudo llegar a hacer tantas obras destinadas a la promoción social? Porque era llevado por el amor de Dios. Es el amor de los santos. Así de simple.

Llevado de este amor es que trabajó no solo salvando las almas -sin duda, lo más importante- sino que ayudó a sus feligreses a elevarse de la miseria en que se encontraban. En una palabra: los dignificó. Brochero comprendía lo que significaba la verdadera acción social, y por eso cooperó al restablecimiento eficaz de la armonía del plan providencial de Dios en esa sociedad.

Dice San Alberto Hurtado:

“Nadie como Jesús tenía ante sus ojos el deseo de sanar nuestras almas, de restablecer nuestras relaciones con Dios, de fortalecer nuestra vida interior. Pero conociendo la realidad de nuestra naturaleza humana, nos trató no sólo como almas, sino como hombres, como seres que deben mirar al cielo, pero afirmar también sus pies en la tierra. Por eso inició el Salvador su misión apostólica haciendo el bien material, sanando los enfermos, multiplicando los panes, ofreciendo aliviar la carga y dar paz a los espíritus. Se mostró primero el Hijo del Hombre antes de darse a conocer como el Hijo de Dios. San Jerónimo hablando de Él dice que después de su predicación curaba todo desfallecimiento y enfermedad, a fin de persuadir con sus obras a los que no había persuadido con su discurso.

Nosotros no podemos como el Señor multiplicar los panes, ni resucitar a los muertos, pero podemos ser los cooperadores abnegados de los que trabajan en aliviar todos los sufrimientos humanos”¹.

En estos párrafos escritos por el gran santo chileno vemos retratada la figura de nuestro Santo Cura Gaucho. Brochero fue, a qué dudarlo, un abnegado cooperador del Señor que alivió los sufrimientos de sus hijos amados.

Presentamos en este apéndice una breve síntesis de su quijotesca obra en pos del bienestar social de sus hijos:

Iglesias – Comunicaciones – Caminos – Canales para agua y Diques – Colegios, etc.

De la Iglesia de San Pedro sabemos que su piedra fundamental fue puesta por el Pbro. Francisco Ignacio de Aguirre el 7 de julio de 1867 y la nave central fue terminada por nuestro Cura al llegar al Curato, dos años después.

De la primitiva Iglesia de Villa del Tránsito: esta se encontraba en proceso de construcción a la llegada de Brochero. Si bien estaban proyectadas tres naves, sólo terminó la central, pero no se pudo usar porque un tornado, en febrero de 1896, le voló el techo. Debido a esta catástrofe comenzó a usarse la Capilla del Colegio de niñas como Iglesia Parroquial. El 1° de enero de 1899 se colocó la piedra fundamental. En 1902, al asumir nuevamente el Curato, Brochero levanta las paredes de la nave central (que fue habilitada el 1° de marzo de 1914).

Al año de fundarse San Vicente, el Cura Brochero construye la Iglesia y la bendice el 18 de febrero de 1872. Ese mismo año

¹ San Alberto Hurtado, Humanismo Social, Editorial Los Andes, Chile, 1994, pág. 84.

también arranca con la construcción de la Iglesia en Las Rosas. Diez años después, ya en 1882, termina la Iglesia de Ciénega de Allendes.

Los pobladores de Nono se vieron aliviados ya que en varias ocasiones el Cura Brochero tomó la iniciativa de arreglar la antigua Iglesia.

En 1880 se lanza a construir la Iglesia de Altautina. Seis años después la amplía.

El 1° de marzo de 1880 inaugura el Colegio de niñas, levantado por él, cuando llegan las Hermanas Esclavas. El P. Vicente Campos, S.J., es quien bendice la Capilla en diciembre de 1891.

Entre 1878 y 1880 construye una casa para sacerdotes: para los predicadores de tandas de Ejercicios Espirituales y para el Capellán de las Hnas. Esclavas.

De la primitiva iglesia de Ambul se sabe que en 1886 se encontraba completamente destruida. En noviembre de 1892, dona el terreno don Andrés Avelino Molina para la nueva Iglesia e inmediatamente el Cura Brochero bendice la piedra fundamental. En 1897 la Iglesia ya es usada pero al ser los materiales de mala calidad vuelve a arruinarse alrededor de 1911.

La Iglesia de Panaholma también se encontraba en ruinas. En febrero de 1897, el Cura Brochero delinea el actual pueblo de Panaholma y entrega las escrituras de los terrenos donados por Doña Amelia Peralta de Abregú. La piedra fundamental la coloca en 1898 antes de ir como Canónigo de la Catedral de Córdoba. La construcción de la iglesia fue iniciada por el Cura Brochero en 1902 y la deja prácticamente concluida al dejar su Curato en 1907. La nueva iglesia fue bendecida el 4 de octubre de 1908 por el sucesor del Cura Brochero.

Hacia 1882, proyecta un tranvía a caballo desde la Villa del Tránsito hasta el río de Mina Clavero con el objeto de facilitarles el

transporte a los enfermos. Pide a su amigo Juárez Celman, a la sazón Gobernador de la provincia, los elementos indispensables para el proyecto.

También anhelaba el Cura Gaucho que se pudiera contar con un ramal ferroviario que atravesara todo el valle transerrano. El gobernador ordenó que se hicieran los estudios necesarios para tal obra. Esto no se llevó a cabo.

En 1896 viaja a Buenos Aires para solicitar que se active la prolongación del ramal que iba desde La Toma (pcia. de San Luis) hasta Villa Dolores (Córdoba) y así llevarlo luego hasta Soto. Por su pedido se promulgó la ley Nacional que autorizaba al PE para tal construcción.

Gestiona, en 1905, que se cree una estafeta telegráfica en Nono, un correo en Panaholma y una línea telegráfica que saliese desde Salsacate y fuese directamente hasta Chancaní.

Logra en 1911 que la línea ferroviaria La Puerta – Cañada de Luque pase por la Villa San Antonio.

Integra en 1883 una Comisión para que se estudie la traza de un camino de herradura que pudiese comunicar Córdoba con Traslasierra.

Con la ayuda de los lugareños, en 1886, compone el camino entre Chancaní y San Pedro para que pudiese pasar el Obispo Juan Capistrano Tissera. Al año siguiente, y con la intención de que la Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón, la Sierva de Dios Catalina de María Rodríguez, pudiera visitar la comunidad de la Villa del Tránsito, hace el camino hasta Soto.

En 1904 logra ver concretado el camino hasta El Trapiche, pasando por San Roque, Tanti y La Cieneguita, con un ramal al norte hasta San Carlos, pasando por Salsacate y otro al sur hasta Dolores y

San Pedro, pasando por La Ciénega, Ambul, Panaholma, Tránsito y Nono.

Obtiene entre 1890 y 1891 una subvención del gobierno de la provincia para el trayecto entre Villa Viso y la Posta de Domínguez pasando por Roque Bazán. En 1892 otra subvención para la reparación del tramo comprendido entre Soto y la Villa del Tránsito.

Para proveer un buen transporte transforma la Cuesta de Altautina en camino carretero.

Queriendo facilitar en Panaholma la conformación de la población y construir la nueva Iglesia logra sancionar una ley provincial que otorgue un subsidio para realizar el camino entre Soto y la Villa del Tránsito, pasando por el Puesto de Recalde.

El Cura Brochero obtiene una subvención para delinear el acueducto para el Colegio de Niñas y la Villa del Tránsito con una extensión de tres kilómetros. Y para ayudar al internado del Colegio de Niñas construye acequias para el riego de campos con frutales.

Todos los Obispos de la época de Brochero valoraron su obra y, por ello, le concedieron franquicias.

Fray José Wenceslao Achával, Obispo de San Juan de Cuyo, el 24 de septiembre de 1877 le permitió recolectar limosnas en toda la diócesis para la construcción de la Casa de Ejercicios, solicitando a sus curas “el más decidido apoyo a obra tan útil y santa”². Mismas gracias otorgaron el Obispo de Córdoba, Manuel Eduardo Álvarez; y a su muerte, el Vicario Capitular Uladislao Castellano, el 26 de abril de 1879: “Concede a Usted licencia para que pueda estar ausente de su curato por término de dos meses, y durante ellos recorrer los departamentos del este y sur de esta provincia, al objeto de recolectar limosnas para la obra de la Casa de Ejercicios y colegio de niñas que Usted construye en la Villa del Tránsito”³. Y el gran Obispo Esquiú,

² Véase: Bruno, Cayetano, SDB, *Historia de la Iglesia en la Argentina*, Vol. XI, Bs. As., Editorial Don Bosco, 1976, págs. 201 y 202.

³ Ídem ant.

accedía a que saliera dos meses por año hasta terminar el edificio en la Villa.

Dice el P. Castellani, con gracia, que “fundó más escuelitas que Sarmiento”⁴. Y es cierto. ¡Desparramó escuelas en su curato! El Colegio de Niñas dirigido por las Esclavas, tres en el Valle del Tránsito, dos en el faldeo de San Lorenzo y otra en Pampa de Pocho. También hacia el Champaquí y bajos del Champaquí y en el alto de Panaholma.

Digamos, respecto al primero, el Colegio de Niñas, que no solo dio impulsos a la gratuidad sino que preparó un excelente plan de estudios. ¡Más de un colegio católico, en la actualidad, se lo enviaría! Procuró que la calidad de la enseñanza fuese de excelencia. Algunas materias: lectura, caligrafía, doctrina cristiana, historia sagrada, fundamentos de la fe, dibujo, francés, música, matemática, costuras y bordados, historia argentina, economía doméstica, entre otras.

Estas son, apenas, algunas de las obras materiales que hizo nuestro Santazo por el bien de sus hijos.

"Obras son amores y no buenas razones", reza un refrán castellano. Son los actos concretos lo único que puede contribuir al bien del prójimo. Si no existe una entrega efectiva, no hay propiamente amor. Y Brochero amó a los suyos con un gran amor efectivo.

⁴ Castellani, Leonardo, Ob. cit., pág. 447

APÉNDICE 2:

MILAGROS ATRIBUIDOS A LA INTERCESIÓN DEL CURA GAUCHO

Nicolás Flores

En febrero de 2009 se inició en Córdoba un proceso que tuvo por objeto analizar un presunto milagro atribuido a la intercesión del Venerable José Gabriel del Rosario Brochero. Se trataba de la recuperación del niño Nicolás Flores, que estuvo al borde de la muerte luego de tres paros cardiorrespiratorios, con pérdida de masa ósea del cráneo y masa encefálica como resultado de un accidente automovilístico sufrido en Falda del Cañete (Córdoba) el 28 de septiembre de 2000. Su padre, Osvaldo Flores, había pedido al Cura Brochero que intercediera por la vida de Nicolás.

En julio de 2012 se reunió una comisión de teólogos para observar el caso y finalmente se expidieron positivamente en forma unánime. En octubre se reunió en sesión ordinaria una comisión integrada por obispos y cardenales que estudiaron todo el proceso canónico y las conclusiones fueron elevadas al papa Benedicto XVI por el prefecto de la Congregación Pontificia para la Causa de los Santos, el cardenal Angelo Amato. El 20 de diciembre de 2012, Benedicto XVI firmó el decreto de beatificación que reconocía el milagro del Cura Brochero.

Camila Brusotti

El 22 de enero de 2016, el Papa Francisco aprobó la promulgación del *decreto que reconoce el segundo milagro* atribuido a la intercesión del *Beato* José Gabriel del Rosario Brochero y el consistorio celebrado el 15 de marzo de 2016 fijó la fecha de su canonización para el 16 de octubre.

Se trata de la recuperación de la niña sanjuanina Camila Brusotti, de siete años de edad, quien en octubre de 2013 fuera brutalmente golpeada por su madre y su padrastro sufriendo un infarto masivo en el hemisferio cerebral derecho. La junta compuesta por siete médicos consideró la recuperación como un hecho extraordinario, pues se esperaba que no viviera más de 72 horas o que quedara en estado vegetativo.

En menos de dos meses, Camila, recuperó los sentidos y fue dada de alta.

Amigos y conocidos de su padre y abuelos, al ver la similitud con el milagro obrado en la recuperación de Nicolás Flores pidieron la intercesión del Beato Cura Brochero.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ACEVEDO, Domingo (1928). *El Cura Brochero*. Córdoba.

AGUIRRE LÓPEZ, Pedro. *Pinceladas brochelianas*. En: *Los principios*. Córdoba, 29 de enero de 1950.

AZNAR, Antonio, S.J. (1964) *El Cura Brochero; vida heroica y santa*. Córdoba.

BISCHOFF, Efraín U. (1953) *El Cura Brochero*. Buenos Aires: Difusión.

BRUNO, Cayetano, SDB. (1976) *Historia de la Iglesia en la Argentina*. Vol. XI. Buenos Aires: Don Bosco.

CASTELLANI, Leonardo. (1974) *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis*. Buenos Aires: Dictio.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA. (1999) *El Cura Brochero; Cartas y Sermones*. Buenos Aires.

DEL FORNO, Evangelina. (1999) *Brochero. Vida heroica de un cura diocesano, Colección Caminos argentinos de santidad*, Rosario: Fundación Mater Dei.

DÍAZ CORNEJO, María Nora, SOR. (2005) *José Gabriel del Rosario Brochero. Un santo para nuestro tiempo. Colección Testigos*. Buenos Aires: San Pablo.

GALÍNDEZ, Benjamín. *Intimidades del señor Brochero en "Los Principios"*. Córdoba, 5 de agosto de 1940.

GONZÁLEZ CÉSPEDES, Daniel Omar. (2009) *El Cura Brochero y la Palestra del Espíritu*, Mendoza.

HURTADO, Alberto, San (1994) *Humanismo Social*. Chile: Editorial Los Andes.

LOYOLA, Ignacio de, San: *Ejercicios Espirituales*.

MIGLIORANZA, Contardo, Fray. (1994) *El Cura Brochero*, Buenos Aires: Misiones Franciscanas Conventuales.

NORIEGA, Néstor Alfredo, sdb. (1995) *Don Quijote por las sierras de Córdoba. Semblanza del Siervo de Dios Pbro. José Gabriel Brochero*. Rosario: Didascalía.

PÍO XI: Encíclica Mens Nostra, en www.vatican.va

SÁENZ, Alfredo, S.J. (1983) *Tomad, Señor, y recibid... Vademécum del Ejercitante*. Paraná: Mikael.

TRIVIÑO, Julio. (1986) *El Cura Brochero. Poema criollo*. Buenos Aires: Esquiú.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
SOBRE ESTA EDICIÓN.....	9
CRONOLOGÍA.....	11
1° PARTE	
DE SANTA ROSA DEL RÍO PRIMERO A CÓRDOBA	
I – PRIMEROS AÑOS.....	17
II – HACIA EL SACERDOCIO.....	23
2° PARTE	
LOS “BAÑOS DEL ALMA”.	
III – RUMBO A SU CURATO.....	35
IV – LA CASA DE EJERCICIOS.....	45
V – CONVERSIONES PARADIGMÁTICAS.....	53
VI –GANAR ALMAS A TRAVÉS DE LOS EJERCICIOS.....	61
3° PARTE	
LA FORJA DEL SANTO	
VII –CANDIDATO A OBISPO.....	67
VIII –CANÓNIGO EN “LA DOCTA”.....	71
IX – LA SANTA MUERTE DEL CURA BROCHERO.....	79
APÉNDICES	
APÉNDICE 1: LA ACCIÓN SOCIAL.....	91
APÉNDICE 2: MILAGRO NECESARIO.....	97
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.....	99
ÍNDICE.....	101

“Creo que es una de las obras que se le escapó al Creador sin darle la segunda mano, pero que por lo mismo lo tomó el Redentor para hacer de él un apóstol, único sin duda ninguna en toda la República por su celo, por su carácter, su modo de ser, su virtud, por los extraños modos de evangelizar. Bajo la corteza más grotesca con que se pudiera pintar a un sacerdote, ya sea en su traje, ya en su modo de hablar, encierra Brochero un corazón más grande que todo el Departamento de que es digno Cura”.

Pbro. Bartolomé Ayrolo

ISBN 978-987-42-2565-8



9 789874 225658